

SS
SERVICIO SECRETO

PETER DEBRY

EL CASTILLO DE LOS AHORCADOS

Continúan las aventuras de Vic Tramp y Arnold Stevens (Los cuatro ases en el número 6 de la colección), ahora intregrados en la «Special Branch» de Scotland Yard. Esta vez por las tierras irlandesas del Donegal.



Peter Debry

El castillo de los ahorcados

Bolsilibros: Servicio Secreto - 08

(Vic Tramp y Arnold Stevens - 2)

ePub r1.0

jala y xico_weno 27.12.16

Título original: *El castillo de los ahorcados*
Peter Debry, 1950
Portada: Provensal
Ilustraciones: Macabich

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2





PETER DEBRY

EL CASTILLO DE LOS AHORCADOS

1ª. EDICIÓN
OCTUBRE - 1950

EDITORIAL
Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA
BARCELONA (6)



el castillo de los AHORCADOS

por PETER DEBRY

CAPÍTULO PRIMERO

—El 25 de julio de 1940, en la Cámara de los Comunes, el Premier británico declaraba:

> *«Debemos prestar nuestra atención a la defensa y seguridad de la Gran Bretaña. Esta seguridad quedará fuertemente influenciada, sin serlo sin embargo de manera decisiva, por la suerte futura de la Flota francesa. Dimos nuestro asentimiento a que el Gobierno francés pidiese las condiciones de un armisticio, pero con la condición de que la Flota francesa se presentase en los puertos británicos, y permaneciese en ellos durante toda la duración de las negociaciones. Y al no cumplirse esta condición, es por lo que, con la más profunda emoción y consternación, he leído el artículo octavo del Convenio de Armisticio».*

Inconscientemente, al declamar este párrafo que leía, *Sir* Jasper Narringay engoló la voz. Apartando la vista del impreso, recobró su entonación normal, dirigiéndose a sus dos interlocutores:

—El 4 de julio, la Escuadra inglesa se vio obligada a bombardear los buques franceses surtos en la bahía de Orán. Naturalmente, como sucede en toda acción dictada por humanos móviles, la secuela de comentarios que suscitó y sigue suscitando el bombardeo de Mers-el-Kebir, es calidoscópica y para todos los gustos. No nos incumbe enjuiciar, sino actuar de acuerdo con las exigencias del momento.

Los tres se hallaban en un confortable salón-despacho. *Sir* Jasper

Narringay daba la impresión de un honorable caballero amante de los sanos placeres de una buena mesa, una cacería reglamentada en todos sus detalles, y las reuniones sociales en las rústicas propiedades de la nobleza en la campiña inglesa.

Era en realidad, y sólo sus subordinados lo sabían, el jefe de la «Special Branch» de Scotland Yard. Y pese a sus cincuenta años, no era un jefe honorario, sino que tomaba parte activa, muchas veces, en las accidentadas cacerías donde la pieza a cobrar actuaba como fiera humana desprovista de todo superfluo sentido del deporte.

—Usted, comandante Stevens —dijo, mirando al mayor de sus dos interlocutores—, es suficientemente ducho en estas lides para que tenga que extenderme en detalles que su experiencia adivinará. Su joven compañero, el brioso y polifacético Victor Tramp, podrá en su compañía, moderar sus ímpetus. Han ingresado ustedes en la «Special Branch», abandonando su condición de francotiradores libres en el inmenso campo de batalla que es la lucha secreta. Puedo decir y sustentar, sin qué me tilden de inmodesto, que la «Special Branch» está compuesta exclusivamente por la élite de las inteligencias destinadas a vencer en los resbaladizos terrenos del contraespionaje. Aunque actuemos con idénticas finalidades que todos los departamentos del «Intelligence Service», nos diferenciamos en que suelen sernos encomendados trabajos que entran de pleno en lo que puedo calificar como la represión del crimen científico organizado, y que tiene concomitancias con el espionaje.

Sir Jasper Narringay era hombre que gustaba de oírse hablar. Prosiguió:

—Les he citado las palabras de Winston Churchill, y he evocado el bombardeo de Orán, para localizar y definir la primordial razón por la que me honran ustedes con su presencia. Ustedes han desembarcado ayer, después de una peligrosísima travesía desde Burdeos, y por los informes que poseo acerca de su capacidad, no dudé ni por un instante en rogarles tuvieran a bien entrevistarse conmigo. Existen indicios y precedentes de que en la costa norteña irlandesa pueden hallarse bases secretas de suministro de combustible a naves circunstancialmente enemigas, entre las que incluyo las francesas. Naturalmente, no me refiero a buques de navegación en superficie, sino a submarinos. No nos interesa

destruir simplemente estas bases, cuya posición desconocemos. Nos incumbe a nosotros, los componentes de la «Special Branch», destruir los submarinos que acudan a abastecerse en estas bases clandestinas, cuyo emplazamiento desconocemos. Dígame, comandante…

Arnold Stevens sabía adoptar cien disfraces e identificarse con cuantas nacionalidades se propusiera. Su nacimiento tuvo lugar en Inglaterra, y por esto fue un compendio de reserva, prudencia y frío humorismo cuando comentó:

—La costa norteña de Irlanda, si no me engaño, tenía hasta ayer una aproximada extensión de quinientos kilómetros de perímetro, siendo recortadísima en entrantes, islas y acantilados el litoral perteneciente al Donegal, la región más septentrional.

—En efecto, hoy sigue teniendo milla más o menos esta extensión, comandante. Permítanme recurrir a este mapa. En estos instantes habrá, aproximadamente, y para ser plenamente exacto, unos veintidós agentes merodeando por dicho litoral. Hasta ayer, comandante, había veintidós compañeros nuestros. Hoy no sé si este número ha sufrido disminución. Y por azar ha citado usted la región del Donegal, brumosa, inhóspita, salvaje y muy pintoresca. Y me complacería extraordinariamente contar con la seguridad de que ustedes dos van a recorrer detenidamente el espacio comprendido, entre la Punta Rossan y la bahía del riachuelo Glentis. Es mi deber no ocultarles el privilegio con que les distingo. Personalmente yo no iría a pasear por el litoral comprendido entre la Punta Rossan y la bahía del Glentis, a menos de ser natural del lugar.

—Un privilegio que iguala su modestia, señor.

—Gracias, comandante. Si desean comunicar cualquier informe, procuren encontrarse como por casualidad con un caballero terrateniente llamado Angus McDougal. Un irlandés de pura cepa. Si les acoge con reserva, pese a su exuberante carácter, doblen ustedes el pulgar izquierdo ostensiblemente, si se hallan a solas con él. El caballero MacDougal, en infortunado accidente, se rompió el pulgar izquierdo, que no puede accionar; lo tiene siempre doblado. Resumo y ultimo añadiendo que no poseo el menor indicio ni informe sobre aquellos lugares. Irán ustedes a ciegas en tierra brumosa y mar proceloso. Bien; ahora me gustaría oírles comentar los recientes sucesos en que intervinieron, y que han motivado su

voluntaria inscripción en la «Special Branch». Empiece, señor Tramp.

El joven, rostro helénico y casi soñador, esbelto y de armónica proporción en gestos y presencia, dijo concisamente:

—Mi padre adoptivo, el comandante Stevens, sostiene desde hace mucho tiempo un duelo con una asociación que, comercialmente, busca y vende secretos informes al mejor postor. Una asociación que hasta ayer era anónima bajo el apodo teatral de Los Cuatro Ases.

—En la comedia de la vida, joven, los aventureros se deleitan con apodos de farándula. Habla usted inglés mejor que yo.

—Gracias, señor. Los Cuatro Ases fueron fusilados, y así lo publicó el Estado Mayor francés. Pero el comandante hizo averiguaciones, obteniendo la seguridad de que el fusilamiento fue ficticio, al ser substituidas las balas por cartuchos de salvas.

—¿Y el oficial del pelotón? Si no estoy mal informado, en Francia, como en Inglaterra, en las ejecuciones militares, el oficial debe, después de la descarga del pelotón, disparar, un tiro de gracia y cerciorarse de la muerte de los sentenciados.

—El oficial lo hizo. Había substituido al oficial de servicio de piquete, que muy voluntariamente aceptó el cambio. El comandante ha deducido que el oficial suplente era el Cuarto As. En el cementerio no había rastro de los cuatro ejecutados. Y sí, en cambio, los dos cuerpos de los funcionarios del camposanto, que se consideraban desaparecidos, hecho que no fue indagado, por cuanto impera ahora en Francia una caótica confusión.

—Su hijo adoptivo, comandante, es preciso y británico… al menos cuando en Londres conversa con un inglés. Bien. Resulta, pues, que el anónimo de Los Cuatro Ases ha sido desvelado por lo que a tres de ellos se refiere. Y gracias a ustedes. Veamos… En esta carpeta… Sí, en esta carpeta tengo a tres de Los Cuatro Ases.

Sir Jasper Narringay extrajo una crujiente hoja escrita a máquina.

—Es un resumen que he podido obtener. Como si dijéramos la ficha particular que ahora posee la «Special Branch», interesándonos que siga inalterable la noticia del fusilamiento de estos individuos.

Leyó:

«Cora. Robin. Actriz nacida en París el año 1906. Ha descollado en inolvidables creaciones de personajes de muy diversos autores. Enviudó en 1929, entrando en posesión de una cuantiosa herencia. En pleno éxito y después de una gira por las principales naciones de Europa y América, anunció su propósito de retirarse, manteniéndolo. Los periodistas la calificaron como dueña de un encanto fatal para cuantos la cortejaban, por suicidios y 7 accidentes ocurridos entre sus más asiduos admiradores».

—¿Hay exageración, comandante? —preguntó Jasper Narringay.

—Concuerdo con su poder atractivo y fatal.

—Segundo As —anunció el jefe de la «Special Branch», que leyó:

«Rudolf Wolberg. Médico austríaco nacido el año 1902. Abandonó Viena a causa de un escándalo relacionado con la práctica ilegal de ciertas operaciones quirúrgicas. Estuvo en las Antillas, Oceanía, Canadá y Turquía, y en esta última nación intervino en papeles secundarios en la compañía teatral de Cora Robin. Según la teoría lombrosiana, es un criminal nato».

—¿Concuerda, comandante?

—A la perfección, señor. Mi hijo, nuestro joven compañero, tuvo el placer, en la última ocasión en que le vio, de prodigarle una llave de lucha libre llamada «torbellino».

—¡Ah… interesante! ¿En qué consiste, exactamente?

Vic Tramp sonrió, y su rostro adquirió un inocente aspecto de poeta que va a leer la primera rima, de su soneto preferido:

—Asidos los tobillos del contrincante, señor, es necesario girar sobre sí mismo, hasta imprimir al cuerpo apresado una rotación ascendente. Y cuando el adversario gira horizontalmente, se le liberan los tobillos.

—¡Diantres! —sonrió *Sir* Jasper—. Un ejercicio levemente rudo. ¿Y qué le sucedió exacta y concretamente a Wolberg, cuando usted le dio libertad?

—Atravesó los cristales de una ventana, señor —explicó Stevens—. Y en honor a la exactitud hago constar que la ventana distaba del suelo unos cinco metros.

—Queda, pues, fuera de dudas, joven, que Wolberg no debe conservar un muy afectuoso recuerdo de usted. Pasemos al Tercer As. «Barney Lacy…» —leyó *Sir* Jasper, y carraspeó innecesariamente. Era evidente que le producía malestar que un inglés formara parte de una asociación criminal, que no vacilaba en vender secretos de guerra a naciones enemigas—. Un espía alemán me merece todos los respetos, señores, y con cortesía no fingida le conduzco a la Torre de Londres, y si me obligan a ello, asisto a su ejecución. Ahora bien, si Barney Lacy cayera en mis manos, me temo… sí, me temó que perdería por vez primera mi cortesía. Como cuanto llevamos hablado, queda lo dicho en el más estricto secreto.

Leyó de nuevo:

> *«Barney Lacy. Nacido en Londres el año 1912. Heredó una discreta fortuna, que dilapidó en el juego y en escandalosas orgías. Estudió en Eton y Oxford. Cinta Azul de remero y cricket…».*

—Lamentable, lamentable —se quejó, en voz baja, *Sir* Jasper. Prosiguió leyendo:

> *«Brilló en los círculos selectos, pregonando sus teorías estéticas en defensa de los últimos tiempos de Oscar Wilde. Repudiado por sus extrañas amistades, marchó en 1936 a recorrer el Mediterráneo en crucero de placer, viéndose en Atenas mezclado en cierto sombrío asunto relacionado con tráfico de drogas. Es melómano que descuella en la interpretación al violín de difíciles obras maestras. No ha regresado a Inglaterra».*

—¿Concuerda, comandante?

—En todo, menos en un punto, señor.

—¿Ha regresado a Inglaterra?

—En efecto, señor. Y un antiguo amigo mío, al que avisé por si este caso se diera, me dijo anoche que Barney Lacy tomó pasaje hace seis días en el avión que hace escala en Belfast.

—Cierto. Pero en Belfast tomó la ruta que conduce al estuario del Royle. Después atravesó las áridas llanuras y páramos pantanosos del Donegal, habiéndose perdido su pista en las proximidades del nacimiento del riachuelo Glentis. Hay conexión entre nuestros respectivos informes, comandante.

—Y le agradezco, señor, que esta conexión tenga su cortocircuito en el espacio comprendido entre la Punta Rossan y la bahía del Glentis.

—Dele mis recuerdos al Señor Angus MacDougal. No les retengo más mis queridos compañeros.

Aquel calificativo sentimental era muestra de la importancia que *Sir* Jasper Narringay concedía a los dos nuevos «compañeros» de la «Special Branch» de Scotland Yard.

Ya en el vestíbulo, dijo *Sir* Jasper:

—Naturalmente, cuando se tienen tres ases en mano, o mejor dicho, al posible alcance de la mano, se desea ligar el cuarto as.

—No está el cuarto as en la baraja que conocemos, señor. Pero en las brumas irlandesas del Donegal, cabe la posibilidad de encontrarlo.

—Es superfluo insinuar que ellos tienen sobre ustedes una ventaja. El Cuarto As les conoce. Ustedes, no. Buena suerte, mis queridos compañeros.

Capítulo II

Según el poeta, «cuando en el Donegal silba el viento y llora la lluvia, las espigas son arpas eólicas qué pulsan los lamentos de las almas en pena».

La comparación podría parecer exageradamente retórica al que la leyera al amparo de los muros hogareños y junto a un buen fuego, pero en aquella noche de principios de septiembre de 1940, los elementos desencadenados daban la razón al poeta, cuya opinión compartía todo aquel viajero que por diversos motivos tenía que exponerse al azote de la lluvia furiosa en el llano de Greenpond, donde sin obstáculos que se opusieran a su dominio, el viento reinaba.

El llano separaba el pueblo de Greenpond del acantilado, a cuyos pies el mar acompañaba con sus encrespadas olas retumbantes la sinfonía del temporal.

—Melodía tétrica digna de un Saint-Saens —comentó un elegante sujeto, tratando en vano de mirar a través, de los cristales empañados por chorros constantes de lluvia.

El autocar de línea entre el aeropuerto de Londonderry y las ciudades de Lifford, Glentis y Killybegs, semejaba un islote de los perdidos en las tinieblas del llano de Greenpond.

Vic Tramp era uno de los pasajeros con destino a Glentis. Había aceptado la sugerencia de Arnold Stevens de «trabajar» independientemente con la misma finalidad.

Y como despedida, Stevens había modulado los compases del «Concierto en Varsovia», la melodía contraseña que servía a ambos para reconocerse y avisarse de algún peligro inminente.

El conductor ladeó la cabeza para anunciar:

—Haremos parada en el pueblo, señores viajeros. Lo lamento,

pero no podemos seguir la ruta, que estará inundada más allá de Greenpond. Siempre ocurre lo mismo cuando asoman las primeras tormentas de fin de verano.

—Este comentario nos lo podrían haber anticipado en Londonderry —dijo uno de los cinco pasajeros—. Ahora tenemos que resignarnos a pasar incomodidades en el fonducho de Greenpond.

—Es una hostería muy confortable, señores —dijo el conductor. Y se corrigió para enmendar—: Señora y caballeros.

Mientras dirigía el autocar a lenta marcha hacia unas luces al borde de la carretera, el conductor meditó que el haber llamado «señora» a uno de los pasajeros, era un exceso de galantería e imaginación.

También Vic Tramp examinando a la única mujer que iba en el autocar, pensó que era la antítesis de toda feminidad.

De regular estatura y amplias espaldas cubiertas por la larga chaqueta deformada de un traje sastre a cuadros «príncipe de Gales», tenía una apariencia hombruna la viajera que durante todo el trayecto no había hecho otra cosa que leer revistas.

Contribuía a aumentar este aspecto, la falda a media pierna, los zapatos de «box-calf» bastos y sin tacón, y las medias de lana. Ninguna impresión de feminidad se desprendía del tórax embutido en un grueso jersey de cuello cerrado. Y completaba el aspecto asexual, la boina negra que se ajustaba estrechamente a los rubios cabellos pajizos, lacios, que parecieron revolotear sobre sus hombros, cuando ella, con brusco movimiento enderezó la cabeza, posando en el rostro de Vic Tramp una rápida mirada de grises refulgencias.

«Un joven y guapo atleta universitario en vacaciones», pensó ella.

En cierto modo, también Hilda Braun, el Cuarto As, estaba de vacaciones, hasta llegar al castillo de Glentis.

El autocar se detuvo ante una hostería antigua de recios muros, y cuyo interior sorprendía por su moderno confort.

En el mostrador, un bigotudo y rubicundo individuo, tras saludar indicó:

—Tengan la bondad de rellenar el libro registro, señores.

Vic Tramp, que era el más cercano al voluminoso libro, tendió la pluma a Hilda Braun, que con voz de tonalidad grave agradeció la galantería:

—Gracias.

Con letra angulosa, fue escribiendo:

> *«Nombre y apellido: Helen Brown. Nacionalidad: británica. Residencia habitual: Londres. Punto de procedencia: Londres. Punto de destino: Glentis. Estado: soltera. Edad: treinta y dos años. Profesión: institutriz».*

Firmó con brusca rúbrica casi tachando las letras y entregó la pluma a Vic Tramp.

El conductor comentaba:

—Puede tardar uno o dos días en quedar libre la carretera. Pero el pueblo es agradable. Hay cervecerías, billares, salones de peluquería y hasta una biblioteca.

Hilda Braun, en su alcoba, se miró al espejo. Lo consideraba absurdo, pero sentía un irrefrenable deseo de que la clara mirada del joven, atleta galante, la contemplase admirado.

Faltaban unas horas para la cena. Se envolvió en el impermeable y salió. Poco después entraba en la «peluquería para señoras» de Greenpond.

Los cuatro viajeros masculinos tomaban aperitivos en la sala de la hostería, esperando la hora de la cena.

Uno de ellos era viajante de comercio, y llevaba la voz cantante:

—… Y el colmo de la mala suerte es que nos haya tocado por única compañía femenina la de ese esperpento de institutriz. Aunque dice el conductor que han de venir todavía tres autocares más, con lo que, tal vez, sé pueble esta hostería de rostros bonitos.

Callaron todos, contemplando complacidos a la muchacha que entraba en el fumador.

Alta y rubia, la aureola de sus cabellos ondulados, destacaba la blanca tez y los gordezuelos y rojos labios.

El cuerpo de suaves curvas redondeadas, era modelado por un vestido corto de seda estampada, y los cuatro viajeros se extasiaron ante la visión de las bonitas piernas, enfundadas en gasa

transparente, y ante el breve pie calzado en zapatos de dóngola de altísimo tacón.

«Magnífica, magnífica criatura», meditó el viajante de comercio, pensando en el medio de poder abordar a la desconocida.

—Buenas noches, señores —dijo la recién llegada.

Como movidos por un resorte, los cuatro hombres se pusieron en pie, saludando con asombro. Por la voz acababan de reconocer a «Helen Brown, la institutriz».

—¡Oh, perdón, perdón! —murmuró el viajante—. No nos dimos cuenta…

Ella sonrió con sonrisa que se le antojó encantadora a Vic Tramp. Los ojos grises eran reidores y amables.

—Aceptaría un «combinado» —dijo ella, sentándose frente a los cuatro hombres y cruzando las piernas.

El viajante se precipitó al bar, seguido por otro de los viajeros. Querían servir ellos mismos a la luminosa mujer.

—¿Instituto de belleza? —inquirió uno de ellos—. No sabía que lo hubiera en este villorio.

—No. Simplemente que se ha rizado el cabello, se ha pintado los labios, los ojos y sonríe, exhibiendo su cuerpo muy bonito. Y que viste como una mujer y sabe serlo. Es innegable que está deliciosa.

—Esta chica se ha propuesto desconcertarnos. ¿Por qué adoptaría antes su aspecto de esperpento?

La misma pregunta, aunque en mejores términos, la estaba haciendo Vic Tramp:

—Usted me perdonará, *Miss* Brown, pero yo no soy inglés, y por tanto a veces resulto indiscreto. ¿Por qué si es usted… en fin, por qué vestía usted tan desmañadamente y sin arreglar? Era casi un disfraz, y tanto más incomprensible, cuanto que resulta difícil adivinar por qué una mujer bonita se empeñaba en aparentar todo lo contrario.

—Es claro como el día. Soy institutriz, y en las casas donde trabajo me podrían creer una aventurera que busca galanterías. Por eso me decidí a adoptar la seca y adusta figura que vieron en el autocar.

—Y ahora, ¿por qué no sigue siéndolo?

—¡Oh, bien! —Y toda ella era suave luminosidad—. Porque ahora no estoy viajando ni trabajando.

Al término de la bien servida cena, el viajante comentó, cuando ella se hubo alejado con Vic Tramp hacia una salita:

—Señores. Abandonen toda esperanza. El joven astro de la pantalla la ha conquistado.

—¿Es actor?

—No lo sé. Pero lo parece. En fin, ¿jugamos al *póker*?

Hilda Braun «no estaba trabajando ni viajando». Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no traicionar su estado de ánimo cuando oyó que el apuesto joven se llamaba Victor Tramp.

El enemigo de los Cuatro Ases, el hombre que con Arnold Stevens estaba condenado a muerte. Y se dirigía a la costa del Donegal.

—¿Es su primer viaje al Donegal, señorita?

—Sí —mintió ella—. He aceptado ser la institutriz de una familia que reside en las afueras de Glentis.

—Celebro la coincidencia. También voy a Glentis. Me han asegurado que hay paisajes espléndidos por el estuario.

—¿Es usted pintor?

—Simplemente aficionado. Me complace saber que cuento con una amistad reciente que podré afianzar en Glentis. Espero no ofenderla, señorita, pero siempre que por azar he hablado o pensado en las que tienen por profesión la de institutriz, he sentido tristeza.

—¿Por qué?

—Me hacen el efecto de necesitar protección porque están solas sin hogar, viviendo entre familias, sin sentir el calor familiar.

—Yo creo que estaré perfectamente con la familia de Angus MacDougal, que es a donde me dirijo.

Angus MacDougal… el enlace con la «Special Branch»… el hombre del dedo doblado.

La conversación derivó hacia la pintoresca región del Glentis.

—Posiblemente habrá un escenario que reclamará su atención —dijo ella, vencida por la cálida cordialidad del muchacho, y tratando de olvidar hasta que llegasen a Glentis, que era aquél el principal responsable de la derrota de Los Cuatro Ases en Francia—. El Castillo de los Ahorcados.

—Fúnebre castillo. ¿De qué se trata?

—Lo he leído en una recopilación de leyendas irlandesas del

Donegal. Es hoy un castillo abandonado y semiderruido en una cumbre cercana a Glentis. Antaño fue conquistado por los normandos, que durante años dominaron, y al irse por la fuerza de las armas, dejaron en el castillo un bajorrelieve muy interesante para un artista. Reprodujo un escultor a los siete ahorcados que por diversos motivos pusieron fin a sus vidas en el mismo día, y en almenas del castillo. Parece ser que en este suceso se inspiró el poeta François Villon para su «Balada de los Ahorcados».

—Fea muerte la del ahorcado.

—Yo creo que la muerte es siempre horrible.

—¿Y qué motivó la desesperación de los siete normandos?

—El bajorrelieve esculpido en madera y donde las figuras tienen el tamaño natural, representa con bastante elocuencia, a los siete ahorcados, según afirma la guía que tengo. Es lo único intacto y protegido que hay en el abandonado castillo, en espera de ser trasladado al British Museum…

—Es usted una adorable institutriz. Enseña deleitando, porque es un doble placer verla y escucharla.

Oyóse al exterior un ronco, ruido procedente de un poderoso motor que iba acercándose.

Dijo ella:

—Serán más viajeros. Si me acompaña, le buscaré la guía y averiguará los motivos por los que se ahorcaron los siete normandos.

En la habitación alta de la hostería, ella extrajo de su maletín un libro encuadernado en pergamino rojo obscuro. Y sabiéndose contemplada con admirativo deseo, Hilda Braun leyó:

—El primero de la izquierda en el bajorrelieve es un jorobado que se ahorcó por desesperación, al verse desdeñado y convertido en hazmerreír por la mujer de sus sueños. El segundo se ahorcó en un ataque de locura. El tercero, era un cordelero que por imprudencia se ahorcó al querer comprobar la solidez de sus cáñamos trenzados, con los que surtía al verdugo. El cuarto, es un mísero que se ahorcó por cansancio, frío y hambre. El quinto, un brujo que se da muerte al ver que su poder se ha extinguido. El sexto, por haber asesinado, en un rapto de celos infundados, a la mujer que adoraba. Y el último es un apóstol dolorido ante la incomprensión humana que no quieren escuchar su prédica, tras

suplicar en vano: «Amaos los unos a los otros».

Cerró ella el libro, añadiendo:

—Los irlandeses muy supersticiosos no se acercan al castillo, porque dicen que las almas de los siete vienen todas las noches a contemplar sus cuerpos de madera. ¿Por qué me mira con tanta fijeza?

Él se acercó. Hilda Braun, la mujer insensible y fría, sintió en sus venas una tibieza deliciosa. Olvidándose de todo, no fue más que una mujer dispuesta a todas las sumisiones.

Del autocar recién llegado, descendieron doce viajeros. Firmaron el libro registro, y uno de ellos, con toda la apariencia de un esteta refinado, contempló con ojos brillantes el nombre que figuraba a continuación del de Helen Brown.

No tardó en informarse de que la señorita Brown y el señor Tramp se habían retirado a sus respectivas habitaciones.

Barney Lacy subió las escaleras, aprisionando bajo su impermeable el largo estilete, que era su arma preferida, porque no era ruidosa y en sus manos se convertía en saeta certera.

La lluvia repicaba en la galería cubierta exterior que circundaba las Habitaciones. Atravesó dos vallas y se detuvo ante el balcón que daba entrada a la alcoba ocupada por Hilda Braun.

Sonrió pensando que tal vez llegase tarde, y Vic Tramp estuviera, ya definitivamente vencido, porque Hilda Braun no fallaba nunca…

Parpadeó, y extrajo el largo estilete asiéndolo por el mango, y haciéndolo balancear al extremo de sus dedos.

Acababa de divisar a Vic Tramp que, en pie, abrazaba a Hilda Braun, ofreciendo el seguro blanco de sus anchas espaldas, hacia las que Barney Lacy hizo oscilar el estilete.

Capítulo III

Al sur de la isla de Arán, formando a modo de una mandíbula llena de colmillos, el estuario del Glentis era uno de los parajes costeros más salvajes e inhóspitos de la región del Donegal.

Al término de la profunda incisión del mar entre los acantilados, el río Glentis fluía para atravesar a diez kilómetros del litoral, el pueblo del mismo nombre, que uníase a la sombría bahía por una serpenteante carretera que en ascenso continuo terminaba en un páramo desolado, donde sólo se erguían dos edificaciones.

Una, al Norte de la bahía, era el abandonado castillo de los ahorcados. La otra, en la margen opuesta de los acantilados que flanqueaban el entrante marítimo, era la mansión de la familia MacDougal.

Los últimos descendientes del clan MacDougal habían heredado aquella solitaria morada, y la habitaban por prurito de ancestral independencia.

El matrimonio Angus y Myrna vencía el tedio de la monótona existencia dedicándose a una paciente y productiva labor artística: la talla de miniaturas, siguiendo los principios de la antigua artesanía.

Tenían dos hijos: Patrick y Lorna, que de octubre a mayo estudiaban en dos colegios universitarios de Belfast. Por todo servicio, una vieja cocinera y un robusto palafranero.

Daban de vez en cuando fiestas, donde lo más selecto de Glentis tenía ansia de asistir, por cuanto el jovial Angus MacDougal sabía entonces desquitarse de su voluntaria soledad, demostrando que no era un misántropo amargado, ni mucho menos un misógino…

Muy de tarde en tarde recibían los MacDougal la visita de algún anticuario irlandés o británico, que solicitaba reproducciones de

miniaturas.

Por eso, cuando en aquel ventoso día septembrino un bruñido «Hillman» iba ascendiendo por la carretera, Myrna MacDougal, que bajo el lente de aumento pintaba con leves toques un medallón, mientras su marido pulía y cincelaba una moldura diminuta, manifestó:

—Será seguramente
O'Connor
, que viene en petición de su camafeo.

Trabajaban con lento deleite a ambos lados de una mesa colocada junto al gran ventanal redondo que les permitía divisar el páramo, la carretera y el mar.

Angus apartó de su órbita el pequeño lente de aumento combinado con una lamparita. Su pulgar izquierdo, doblado, resaltó en el gesto.

Mirando a través de los cristales, comentó:

—
O'Connor
no posee un coche tan caro.

—Puede venir con un amigo.

—Querida Myrna, el hecho de que nosotros adoremos este rincón perdido, no debe hacernos creer que pueda existir nadie que voluntariamente venga a perderse aquí.

—Es la tierra más hermosa del mundo —dijo ella, fanáticamente.

Cogió a la vez unos prismáticos, enfocándolos y graduándolos hacia el parabrisas del «Hillman» que iba acercándose a la alameda de robles que daba entrada al sólido edificio.

—Al volante, un caballero de rostro duro —fue detallando—. Junto a él, una preciosa dama.

Angus MacDougal cobró repentino interés por los ocupantes del coche; miró también con sus prismáticos, y cuando el automóvil había ya penetrado en la alameda, se quitó la chaqueta de trabajo llena de tiznones, substituyéndola por la de *tweed*.

Su mujer le miró sonriente, con cariño siempre renovado, que les hacía ser como una pareja de recién casados, gracias a la tolerancia prudente de ella.

—Sean quienes sean, invítales a cenar, Angus. Así los muchachos

estarán menos aburridos.

En el salón de la planta baja, donde ardía un generoso fuego, penetraron los dos ocupantes del coche, conducidos hasta allá por el palafranero, que, sin decir una sola palabra, se marchó, al ver que el dueño de la casa avanzaba al encuentro de los recién llegados.

—¿El señor MacDougal? —preguntó, con voz armoniosa, la mujer.

—A sus pies, señora. Les ruego tomen asiento.

—Soy Cora Robin, y este caballero es el doctor Rudolf Wolberg —dijo la actriz, señalando al atlético acompañante.

Angus MacDougal leía muchas revistas. Decía que era su modo de viajar por el mundo.

—Es usted universalmente famosa, señora.

—Lo fui. Pero me retiré. También el doctor fue famoso… y prefirió retirarse.

—Menos rodeos, Cora —dijo secamente Wolberg, cuyas cuadradas mandíbulas y hundidos ojos azules le daban aspecto rapaz—. Éste es el hombre del dedo doblado, y cuanto antes sepa lo que tiene que hacer, mejor.

Cora Robin dejó oír una risa melodiosa. Angus MacDougal, esbelto, de pálida tez, se pasó la mano por los suaves y poco compactos cabellos de un gris cenizoso. Estaba desconcertado por la brutalidad que emanaba del hombre que le había sido presentado como el doctor Rudolf Wolberg.

Y lo que más le asombraba era la actitud de dueños y señores que tomaba la pareja de visitantes. Pero la mención de su dedo inválido le hacía temer algo indefinible.

—Descubriremos inmediatamente nuestras cartas, señor MacDougal —anunció, gentilmente, Cora Robin.

—Estamos informados de que usted sirve de enlace con Scotland Yard, a uno de cuyos especiales departamentos envía, por un procedimiento particular, los mensajes que le entregan los diversos agentes distribuidos en la costa. No se esfuerce en negarlo.

—Su suposición es absurda y totalmente gratuita. Además, no pienso discutir esas truculentas fantasías. Le ruego, pues, que abandonen mi casa.

Rudolf Wolberg se levantó, acercándose al dueño de la casa, ante cuyo rostro presentó un voluminoso puño cerrado.

—Pronto es para violencias —dijo Cora Robin—. Nos interesa, Rudolf, que MacDougal esté en saludable estado físico, y siga recibiendo a los agentes. Usted se dará perfecta cuenta, MacDougal, de que entran en juego intereses muy elevados, y que no estamos dispuestos a perderlos bajo ningún concepto, advirtiéndole netamente que no poseemos el menor escrúpulo.

Angus MacDougal fue a levantarse, pero quedó sentado a efectos del brutal empujón de Wolberg, que gruñó, amenazador:

—Póngase tonto, y su mujer será la primera en pagar las consecuencias. Entérese bien.

—Lo que Wolberg quiere decirle, MacDougal, es que ocultos en el compartimiento posterior del coche venían tres ayudantes nuestros, cada uno con una misión bien definida. En estos momentos, los dos criados están en la cocina, vigilados por un ayudante nuestro. Los otros, respectivamente, se hacen cargo de la continua custodia de su esposa y sus dos hijos.

Con gesto febril se mesó el cabello MacDougal, mientras Cora Robin extraía de una pitillera un cigarrillo, que procedió a encender con gestos encantadores.

—¡Esto… es inaudito! Son… procedimientos de *gangsters* americanos… Si desean dinero, yo mismo les daré…

—No sea ingenuo, MacDougal. Nada les pasará a los de su clan, mientras usted cumpla con nosotros. Es decir, mientras usted no se aparte de las directrices que le señalaremos. Necesitamos tan sólo unos quince días. Después… nos iremos, y podrán seguir viviendo tranquilamente, siempre y cuando en esta quincena usted se comporte exactamente como le indicaré.

Añadió ella rápidamente, para impedir que Wolberg brutalizara al irlandés, cuando éste se ponía en pie, indignado:

—Deja que nuestro anfitrión se cerciore por sí mismo de que no perdemos el tiempo en vanas truculencias. Custódiale.

Seguido por Wolberg, MacDougal, con paso de autómata, dirigióse a la cocina. Desde el umbral apercibió a la cocinera, que, en un rincón, junto al palafranero, miraba con ojos de temor a un individuo corpulento cuya diestra estaba significativamente hundida en el bolsillo del impermeable.

Hizo MacDougal un gesto apaciguador, y, dando media vuelta, subió rápidamente las escaleras.

Myrna, su esposa, sentada ante la mesa de trabajo, le preguntó, al verle llegar:

—¿Qué sucede, Angus? Este sujeto entró aquí sin permiso, exhibió un feo revólver y me ordenó que no me moviera.

—No te muevas, Myrna. Luego hablaremos.

Mientras se dirigía a las habitaciones y salón de sus hijos, pensaba MacDougal que la decisión de matar estaba impresa en los patibularios semblantes de los rufianes que Cora Robin había designado como «sus ayudantes».

—No hagáis ninguna imprudencia, hijos —advirtió desde el umbral—. Después os explicaré.

Los dos muchachos, sentados juntos en un diván, eran vivas estatuas de asombro y temor…

De nuevo en el salón, Angus MacDougal dejóse caer en el sillón. Lentamente, Cora Robin aplastó la colilla en el cenicero.

—Ahora habrá comprendido ya que, a menos de no importarle las vidas de sus familiares, debe obedecernos. Su casa aislada, agreste y cercana a la bahía, ofrece seguridad para las visitas de los agentes. También nos la ofrece a nosotros, para poderle dictar nuestras soportables exigencias. Tranquilícese. Nada les sucederá, si usted no comete el error de querer comunicar lo que está ocurriendo. Cuando reciba la visita de algún agente, compórtese como siempre. Haga su vida normal. Nada ha variado… Tan sólo que a la menor imprudencia, como aviso, su esposa será ahorcada. Sí, hemos elegido este escarmiento posible, por la cercanía del Castillo de los Ahorcados… No formule el insulto que sus labios están dibujando, MacDougal. De nada le servirá. Es usted católico. Resígnese, pues. No ha de tardar en llegar una institutriz… Ya sé que usted no la ha pedido. Se la hemos conseguido. Ella cuidará de la casa y del buen cumplimiento de cuanto le he dicho. Se llama Helen Brown, y para las visitas será la que enseña idiomas a sus dos hijos. Tal vez nos considere a Wolberg y a mí algo duros. Créame… Somos delicadísimos y casi benignos comparados con Helen Brown.

—Estoy en vuestras manos —dijo el irlandés, abatido.

—Eso es. A nosotros sólo nos interesa que, mientras duren ciertas operaciones que han de llevarse a cabo en estas costas, sepamos también qué es lo que van averiguando los agentes de Scotland Yard que por aquí desfilarán. Es como si, dijéramos tener

la retaguardia cubierta, para asegurar el buen éxito de las operaciones en la costa. Permaneceremos aquí hasta la llegada de Helen Brown. Aquí no hay teléfono. Por tanto, puede usted andar libremente por la casa. Naturalmente, queda usted advertido de que el menor intento de comunicar con Glentis o de entablar lucha será reprimido con severidad.

Tambaleándose, se levantó Angus MacDougal…

—Advierta a su clan que sigan haciendo vida normal. Nada les pasará…, a menos de imprudencias, la primera de las cuales representará la muerte de su bellísima esposa.

Marchóse el irlandés, con andar de hombre que ha recibido un inesperado mazazo en la nuca y que, pasado el primer desvanecimiento, trata de recuperar el libre dominio de su cerebro.

—No es preciso que le sigas, Wolberg. Los otros ya bastan.

El austríaco se sentó frente a la parisina. Extendió las piernas complacido.

—El primer punto está logrado. Ya sólo quedan los otros dos.

—Mucho más fáciles todavía, Rudolf.

Y ella miró a través del arco de ventanales, idéntico en la planta baja al superior.

Divisó los derruidos torreones y almenas del Castillo de los Ahorcados, y, más allá, la erguida figura monolítica del faro de Glentis.

La casa de MacDougal, el faro y el castillo eran los tres apoyos que los Cuatro Ases habían prometido a Erik Rintelen, el agente de la Gestapo que en aquellos momentos, en un submarino germánico, estaba aproximándose por el Norte a la dentada costa del Donegal.

CAPÍTULO IV

Los grises ojos de Hilda Braun, sumidos en placentero éxtasis, se endurecieron repentinamente, acerados.

Acababa de ver a través del cristal el rostro de Barney Lacy contraído en mueca maligna, entrecerrado el párpado derecho, mientras en su diestra el estilete apuntaba las espaldas de Vic Tramp y su zurda iba empujando lenta y silenciosamente la ventana.

Hizo ella un brusco gesto negativo con la cabeza, y el rostro de Lacy, expresando ahora estupor, desapareció, permaneciendo a la escucha, mientras ella decía:

—Es tarde y estoy fatigada, Vic.

—¿Podré por la mañana venirte a saludar?

—Sí. Me agradará mucho.

—Felices sueños, Helen. Bendita seas por tu rectitud, tu franqueza desprovista de coqueterías y tu deliciosa lealtad; No creía en los amores que nacen y fulguran con la espontaneidad del rayo…, y ahora creo, porque sé que te quiero.

Quedóse ella apoyada de espaldas a la puerta cerrada, después de que saliera Vic Tramp. Sólo un instante permaneció alentando en su rostro y en sus labios una impresión de deleite e ilusión.

Volvió a ser Hilda Braun, la implacable y el mejor componente de los Cuatro Ases, cuando vio entrar a Barney Lacy, que, con mueca sarcástica, dijo en voz baja:

—Te has embellecido, Hilda. Lamento haber interrumpido tu amorosa aventura. Pero ¿sabes quién es el galán que te abrazaba y en cuyos brazos parecías estar muy rendida, suave y femenina?

—Lo sé. Es Vic Tramp.

—Siempre me has desconcertado, Hilda, pero ahora me dejas

atónito. Si sabías que era el maldito entrometido que nos hizo fracasar en Francia, ¿por qué no me dejaste que le quitase de en medio?

—Cora y Rudolf representan la brutalidad activa. Tú y yo somos los cerebros, Barney. ¿No comprendes que no nos basta con quitar de en medio a este… muchacho, sino que necesitamos saber dónde se halla Arnold Stevens y qué es lo que ambos han averiguado ya?

—Es verdad que él no te conoce sino como una delicada mujercita sensible, y tal vez sea más conveniente que siga creyéndote una institutriz. Pero fingías muy bien, Hilda… En tu semblante había la clásica expresión de embobamiento de la juvenil enamorada, o de la madurita aventurera con mal de amores…

Se detuvo él, porque los ojos de Hilda Braun tenían reflejos felinos de cólera y exasperación.

—Bien, bien, querida. Fue solo una broma. He venido en el segundo autocar, que salió tras del vuestro. Está al llegar el coche que, dando un rodeo, nos llevará a la casa de MacDougal. Es imprescindible que estemos allí antes de la madrugada.

Sentóse ella ante la mesita-tocador. Extrajo de su bolso una estilográfica, y escribió:

«Dejaré estas líneas al hostelero. El señor MacDougal ha enviado un coche particular a recogerme. Nos veremos allá. Visítame tan pronto llegues.

Tuya, con verdadero cariño,

«Helen Brown».

Cerró el sobre, y se puso en pie. Barney Lacy comentó:

—La ocasión era sin igual para desembarazarnos del joven Tramp. A veces creo, Hilda, que la brutalidad es más eficaz que el cerebro y las sinuosidades. Quieres cazar a Stevens empleando los adormilados instintos de conservación del joven adorador… Cuidado, querida, que estos dos cazadores son los primeros que han logrado vencernos.

—Cuando necesite tus consejos, te los pediré. Vámonos.

Por la mañana, la sirvienta, al traer el desayuno, entregó el sobre depositado por Hilda Braun. Leyó ávidamente Vic Tramp el

contenido del mensaje.

Y sintió el anhelo de volver a verse cuanto antes frente a la luminosa fascinación de la que creía una desamparada y solitaria institutriz, necesitada de amor y protección.

El día, como el anterior, seguía siendo ventoso y pródigo en violentos chubascos. Descendió para preguntar si no había un medio de llegar a Glentis sin tener que esperar a que el tiempo mejorase.

—Si tiene mucha prisa —informó el hostelero—, puede, a pie, retroceder hasta el cruce de la carretera de Greenpond con la de Lifford, donde hacia las once pasa la camioneta del recadero que va a Glentis dando un rodeo bastante amplio. Acepta pasajeros, aunque va siempre muy cargado con mercancías.

A las once y media, Vic Tramp, que se guarecía bajo un árbol, alzadas las solapas de su impermeable chorreante, salió a la carretera, haciendo señales para que se detuviera la camioneta ruidosa que iba aproximándose.

Era un furgón con imperial bordeada, en la que veíanse fardos cubiertos con lonas.

El conductor, tras parar, abrió la ventanilla.

—¿Puede llevarme a Glentis? Pagaré lo que me pida.

—Llevarle, pues sí puedo llevarle. Sólo que el interior está hasta el tope. Era ayer día de mercado. Arriba, si no le da reparo calarse hasta los huesos, puede subir. Claro… que yo no subiría.

—Mi impermeable aguanta.

—No es por eso. Es que… verá… —Y el irlandés se persignó antes de añadir—: Murió en la aldea de Finn la vieja Inishmurray, y como soy amigo de los hijos, me pidieron que les llevase la caja…, el ataúd. Y está arriba.

—Ningún daño puede causar un ataúd, buen hombre. ¿Cuánto debo darle por el viaje?

—Cuando lleguemos.

Subió Vic Tramp, instalándose en la cubierta, adosado a unos fardos y alzando una lona con la que se cubrió cabeza y hombros.

En el día gris, obscuro y lluvioso, resaltaban las plateadas molduras, relucientes, a efectos de la lluvia, de la larga caja negra…

Traqueteando, siguió su marcha la camioneta. Recordó Tramp que los irlandeses eran sumamente temerosos de duendes y cuanto

con la muerte se relacionara, atribuyendo siempre causas sobrenaturales a todo lo que no tuviera fácil explicación.

Se puso rígido, dilatados los ojos, cuando a la media hora de viaje oyó un leve rechinar.

Un crujido lento que procedía del ataúd. La tapa iba levantándose lentamente, y una mano blanca, larga y de azules venas, apareció por la abertura obscura.

Un irrefrenable instinto acometió a Vic Tramp, que pudo apenas vencer el frenético impulso de arrojarse a la carretera…

Reflexionó que no podía ser ni era un cadáver, ni un trasgo el hombre que, acabando de levantar cubierta, quedaba sentado en el ataúd, tendido el brazo y comentando:

—Ya no llueve.

Flaco, descarnado y de aspecto adusto, el ocupante del ataúd pareció darse cuenta de pronto de la existencia de Vic Tramp, que, ya recuperada la serenidad, sentía un entremezclado deseo de pegar un puñetazo al que le había proporcionado el primer susto de su vida, y de reír en desahogo de alivio.

—Hola. Subí en Lifford. Me metí aquí dentro porque llovía, y por lo visto me adormilé. Ahora ha escampado. No soy irlandés. Soy de Islandia. Y voy a Glentis para relevar al torrero.

—Tanto gusto —dijo, riendo, Tramp.

—¿Qué es lo que le causa gracia?

—El lecho que ha elegido usted.

—Bah… Si se pasara usted dos meses seguidos, solo, en lo alto de un faro, perdido en un islote, sin más compañía que las gaviotas, no tendría usted escrúpulos. Lo que sucede es bien sencillo —añadió el hombre, con evidentes deseos de charlar—. Aquel que resiste los dos meses en el faro de Glentis está curado de visiones y de aprensiones. Por ahí está cerca el Castillo de los Ahorcados. Una historia de duendes apta para asustar a estos irlandeses que… ¿Es usted irlandés?

—No.

—Hice una necia pregunta. Si usted hubiese sido irlandés, no estaría aquí arriba. ¿Le aburre mi charla?

—Al contrario. Siempre tuve, curiosidad por saber cómo era la vida de un farero.

—Torrero, señor. O guardián de faro, si lo prefiere. Pues es

bastante descansado. Cuidar solamente de que la torreta giratoria está bien engrasada y que la provisión de petróleo sea renovada con asiduidad. El faro de Glentis no es de recalada ni de luz fija. Es de destello, con luz de ocultación. ¿Me entiende?

—Lo intento.

—Es muy sencillo. Usted ya habrá visto faros, ¿no…?

—Sí.

—El que gira alumbrando todo en círculo, es el fijo. El de Glentis no lo es. Su foco apunta en arco hacia el mar, y cuando gira hacia tierra queda apagado por la tela de hierro que cubre tres cuartas partes de la torreta. Por esto sólo destella hacia el mar, en períodos regulares de un minuto doce segundos. Exactamente un minuto doce segundos. Así los barcos que dan vista a la costa lo identifican inmediatamente por la duración del intervalo entre destello y destello, y pueden, por tanto, fijar su posición en el mar.

—¿Y pasa usted dos meses enteramente solo?

—Y dos meses enteramente asqueado, porque los animales humanos me son odiosos…, mejorando lo presente.

—Tiene usted un humor de… farero.

—Torrero, señor; torrero. El reglamento no me impide llevar a mi mujer. Pero no la tengo. ¿Qué mujer se encerraría en la torre de un faro? Y, sobre todo, en el de Glentis. Debo llegar esta misma noche, porque el compañero estará rabioso por ser relevado.

—¿Y si hay mar gruesa?

—Hay dos cables con telesilla para este caso. Fue curioso una vez que mi compañero en Glentis encontró una moza que se avino a servirle. Era lozana y guapota a su manera. Pero cuando se metió en la lancha empezó a marearse, y mi compañero la devolvió a tierra, porque al verla así en aquel estado se le pasó el capricho.

Durante el resto del viaje el guardián del faro de Glentis habló por los codos. Cuando la camioneta se detuvo en el pueblo de Glentis, sabía ya Vic Tramp dónde estaba la fonda más apropiada, y también dónde se hallaba la taberna en la que se aprovisionaba el guardián del faro, que con su saco al hombro se encaminó hacia la taberna elogiada.

El torrero hizo una entrada ruidosa, cambiando comentarios con los ocupantes de la taberna. Cuando rellenó una caja con refuerzos de hierro de variadas botellas, se despidió con jocosos comentarios

acerca de su próximo confinamiento en su «torre de marfil».

Atravesaba un charco, encaminándose hacia el embarcadero y telesilla de uso personal de los dos torreros, cuando llevóse la mano a la visera para saludar con respeto a la señora, que le decía, amablemente:

—Perdóneme por importunarle con una pregunta: ¿es usted el guardián del faro?

Tratábase de Cora Robin, que hasta entonces había estado en un reservado de la taberna.

—Yo soy, señora.

—Me gustaría poder escribir un artículo para mi periódico, tomado en el mismo lugar. A pesar de la noche, del viento, de la lluvia y de lo poco risueño del paisaje, me gustaría ir ahora mismo, acompañándole, a menos que el reglamento se lo prohíba.



...De pronto, una fuerza inmensa pareció sacudir el submarino...

—Soy dueño del faro, a partir de esta noche, señora. ¿Hago bien en llamarla señora o debo decir señorita?

—Soy viuda.

—Es curioso que hay muchas más viudas que viudos. Lo he pensado muchas veces. Vamos allá... ¿No se mareará?

—Oh, no... He navegado mucho.

—Mejor. Así no corre peligro de ahogarse —rió con intención el guardián del faro, echando a andar, junto a ella—. ¿Y para qué periódico escribe?

—Para el *Daily Herald*.

—Mi favorito. ¿Y me hará alguna fotografía?

—Varias.

Bajando por un sendero, llegaron a un embarcadero rudimentario, bajo el que estaba la lancha de relevo, y sobre el que los dos postes de los cables con la silla se erguían.

Puso en marcha el motor, y poco después arribaban al islote roquizo, en cuyo centro se elevaba la larga torre rematada por el parpadeante faro de giro lento.

Estaba ya aguardando bajo un cobertizo, sobre el embarcadero, el guardián que había de ser relevado.

Tras múltiples observaciones referentes al faro, dijo el que llegaba:

—La señora, además de viuda, es periodista. Escribe para el *Herald*. Hará un artículo soberbio.

Después de varios comentarios triviales, se marchó en la lancha el relevado.

Cora Robin limitóse a sonreír, cuando, al abrir la puerta de hierro de la base de la torre, el islandés manifestó:

—Cuando termine, podrá irse en el telesilla, aunque, si quiere quedarse a pasar la noche, sin cumplidos y con toda confianza.

A medida que subían por la escalera de caracol, iluminada con linternas en cada rellano, él iba explicando las diversas fases del trabajo y la existencia del que durante dos meses vivía aislado del resto, del mundo.

—Aquí están mis habitaciones, compuestas de comedor, cocina y salón de lectura en una sola pieza, y alcoba y cuarto de baño en otra.

Después fue explicando todos los aspectos técnicos…

El sordo mugido del mar apagó por completo el eco del pistoletazo que, dos horas después, y terminadas las notas que había tomado, disparó Cora Robin contra el guardián del faro.

Ya solas en lo alto de la torre, sintió Cora Robin, más que nunca, la sensación de poderío triunfante que la había hecho ser la más desalmada de los Cuatro Ases.

Al día siguiente, Erik Rintelen llegaría por la noche, enviando un experto a relevarla.

CAPÍTULO V

Los siete ahorcados pendían lúgubres en la corpórea gravidez de sus esculturas en relieve, resaltando en el gran panel de madera.

El viento ululaba por todas las brechas y grietas del viejo castillo, por cuyas salas el musgo y las lianas se ceñían a matorrales y flores silvestres.

Pero en la sala donde estaba el bajorrelieve cuyas figuras colgantes eran de tamaño natural, durante el día y apresuradamente se habían construido unos muros protectores para resguardar la pieza artística adquirida por el «British Museum».

Era la única sala habitable, y, al entrar en ella, un hombre que iba tanteando los gruesos bloques de piedra se detuvo con un respingo de alarma al palpar el relieve de un cuerpo rígido.

Lester Lorimer, uno de los agentes de la «Special Branch», que vistiendo andrajosos harapos de vagabundo recorría el espacio de costa que le había sido asignado, había subido al castillo, excediéndose en sus atribuciones, por cuanto hasta entonces, en su recorrido lento y minucioso, no había hallado nada, que pudiera sugerir una posible base de suministro de combustible a naves.

Tenía que visitar a Angus MacDougal para comunicarle el resultado negativo de su búsqueda, pero antes habíase sentido atraído por el castillo de la cumbre.

Era totalmente imposible que allí, hubiera, la menor probabilidad, por cuanto el castillo se elevaba al borde de un abismo sobre el mar.

Pero la curiosidad oficiosa y profesional, así como la meticulosidad de Lester Lorimer, le impulsaron a seguir recorriendo los vastos ámbitos del castillo normando.

Con un bastón iba también tanteando el suelo, para no dar un

paso en falso. Calculó que, antaño, el lugar que ahora atravesaba estaría transitado por escuderos, guerreros y doncellas, siendo el patio de armas y de entrada.

Había enrejados mohosos, visibles a trechos entre la profusa vegetación húmeda. Cuando penetró bajo una bóveda totalmente intacta y sin ventanales ni grietas, decidió darse el lujo de un poco de luz.

Sacó la linterna del morral, y la proyectó al final del abovedado. Había una poterna batiendo contra las jambas suavemente, a impulsos del aire que se colaba por la puerta por donde acababa de entrar Lorimer.

La atravesó, y su foco iluminó un subterráneo, de pendiente inclinada y con frecuentes recodos. A medida que avanzaba por él, notaba Lorimer que la pendiente era más pronunciada y que en cada recodo había escalones.

Y también, a medida que descendía, oía aumentar el creciente rumor sordo, parecido al de múltiples y gigantescos tambores.

Los nervios de Lorimer estaban bien templados. Siguió descendiendo, pero apagó la linterna eléctrica.

Algo le rozó el rostro… Algo viscoso, blando…, y un aleteo vigoroso se alejó.

—Un murciélago —pensó, en voz alta, Lorimer.

Siguió descendiendo, y unas bocanadas de aire salobre le azotaron el semblante. Apartó unas telas de araña colgantes, y después, a través del festón de madreselvas que tapizaba la boca de salida del pasadizo, contempló la cortadura ancha por la que el mar batía las rocas, produciendo el ruido de batanes.

—Los normandos, al desembarcar, lo hacían en esta cala, y penetraban en el castillo sin ir por tierra y al descubierto —continuó pensando en voz alta.

Y de pronto se dio una palmada de alegría en el muslo. Si aquello no era una base de suministro, podía serlo prontamente…

Feliz con su hallazgo, se dispuso a dormir y no molestar a Angus MacDougal a aquellas horas de la noche.

Volvió a subir, y en la bóveda de entrada se acurrucó sobre montones de hojarasca. Durmió con el sexto instinto preparado para cualquier eventualidad.

Nada sucedió, y cuando los tímidos rayos de sol anunciaban que

el nuevo día iba a ser mejor que los dos anteriores, se puso en camino hacia la mansión de los MacDougal.

A mitad del sendero, vio acercarse a un joven que llevaba al hombro el caballete y los trebejos de pintor.

Era evidente que se dirigía hacia el castillo…

Lester Lorimer se dispuso a desempeñar concienzudamente su papel de vagabundo descarado.

Cuando el joven estaba a poca distancia, se quitó Lorimer el mugriento sombrero y esbozó una sonrisa de pedigüeño desvergonzado.

—¿Un chelín para un trago de vino, caballero? Hace días que no bebo como un buen cristiano…

Divertido, Vic Tramp hizo saltar en su mano un chelín, lanzándolo a Lorimer, que lo agarró en el aire.

—Mil gracias, espléndido joven.

Ninguno de ellos se imaginaba que pertenecían al mismo servicio, ni tampoco se suponía Vic Tramp que aquel supuesto vagabundo iba camino de la muerte.

Vic Tramp había decidido dejar para más tarde su visita a Helen Brown. Pensaba que una visita demasiado temprana podía suscitar enojosos comentarios de los desconocidos MacDougal.

Lester Lorimer, al tocar en la puerta principal de la mansión de los MacDougal, miró con agrado a la que abría…

Hilda Braun le contempló en silencio. Lester Lorimer, quitándose el sombrero, preguntó:

—¿La beldad es hija del señor de la casa?

—Institutriz. Si quiere una limosna, acuda por la puerta de servicio.

—Oh, no… El señor MacDougal me comprará una obra de arte que llevo conmigo.

Terminó ella de abrir la puerta. Lester Lorimer avanzó hacia el salón, donde, tras la mesa, Angus MacDougal le invitó a pasar con un ademán.

Sabía MacDougal que cuanto se dijera sería escuchado por la que se presentó como Helen Brown, y también que cualquier signo sería espiado. Y de su actitud, ahora, dependía la vida de un ser, más querido…

—¿Señor MacDougal? —dijo, desde la puerta, Lorimer.

—Yo soy. ¿Qué desea?

Avanzó Lorimer hasta llegar a la mesa. Y entonces presentó doblado su pulgar izquierdo.

MacDougal, que basta entonces tenía las manos ocultas, mostró la suya mutilada.

Sentóse Lorimer, diciendo precipitadamente:

—¿Estamos seguros, MacDougal?

—Por entero.

Pensó Lorimer que aquel hombre parecía inquieto, apenado… Tal vez preocupaciones engorrosas de índole prosaicamente familiar… Dijo:

—Comunique que, después de haber investigado en vano toda mi zona, creo haber hallado algo importante. No es más que sospecha, hasta ahora. El Castillo de los Ahorcados. Diga que enviaré nuevos informes tan pronto me cerciore de la realidad de lo que sospecho. He visto dirigirse hacia allá a un joven con aparejos de pintor, que podría muy bien ser un agente alemán. Firme el comunicado con mi nombre-clave: «Nemrod». ¿Lo ha entendido bien, MacDougal?

—Perfectamente. ¿Desea comer algo?

—No; muchas gracias. Tengo prisa por acechar al pintor.

—¿Una copa de buen coñac?

—Eso nunca se rechaza.

Bebió Lorimer, deleitándose. Estrechó la mano de MacDougal, diciendo, satisfecho:

—Hasta pronto. Tiene un coñac excelente, MacDougal —y, sonriente, añadió—: Cuando termine mi faena, trataré de flirtear con la institutriz. ¡Por Jehová! ¡Vaya caramelo!

El suspiro de Angus MacDougal fue interpretado por Lorimer como aprobación y sentimiento de no ser soltero o no estar lejos del control de la esposa.

—No es preciso que llame a la institutriz, MacDougal —dijo, desde la puerta, Lorimer—. Quiero conservar los sentidos claros. Hasta pronto. Cerraré la puerta.

Cuando oyó la puerta cerrarse, abatido, dejó MacDougal reposar su cabeza encima de los cruzados brazos.

Miró con odio a la que entraba, sentándose después frente a él.

—Exceptuando lo referente al Castillo de los Ahorcados,

transmitirá usted el mensaje. Supongo que para ello emplea el palomar donde tiene espléndidos ejemplares de palomas mensajeras. Saque la clave, y vaya escribiendo. Después, revisaré.

—¡Pandilla de infrahumanos asesinos! —increpó, temblando, MacDougal.

—Hasta ahora no hemos asesinado a nadie… en su casa, ni lo haremos, si usted comprende con inteligencia lo que debe de hacer.

—¿Y a… al que acaba de salir…?

—Es un soldado en el tenebroso campo de batalla de la lucha secreta. Olvídelo. Lo único que interesa es que su contraseña era «Nemrod».

Protegido tras el ancho tronco de un árbol próximo al castillo, Vic Tramp proyectaba sus gemelos «Zeiss-Ikon» sobre el vagabundo que iba acercándose al edificio de la familia MacDougal.

¿Qué hacía aquel vagabundo por los parajes asignados a la vigilancia común de Arnold Stevens y suya?

Le vio entrar en la casa. Siguió mirando hacia allá, y le vio de nuevo salir.

Le fue siguiendo con las potentes lentes, viéndole ascender y desaparecer alternativamente, según los vericuetos del sendero, entre las ondulaciones del páramo.

Y, de pronto, sus manos se engaitaron alrededor de la montura de los prismáticos…

Una sombra acababa de surgir tras el vagabundo, que bordeaba el sendero junto al acantilado…

Lester Lorimer se debatió, tratando de recuperar el equilibrio después del brutal empujón…

Abrió los brazos, y se despeñó desde una altura de cincuenta metros. Su cuerpo fue rebotando de roca en roca, hasta sumergirse en el mar…

Vic Tramp, lanzando una exclamación de furor, se lanzó como un bólido hacia aquel lugar.

Había reconocido al agresor del vagabundo. Era Rudolf Wolberg… Pero distaba medio kilómetro, y, cuando llegó, el inmenso páramo estaba desierto.

Y entonces fue deduciendo. El vagabundo era un agente de la «Special Branch», que había ido a comunicar a Angus MacDougal algo seguramente relacionado con el Castillo de los Ahorcados.

La mansión de los MacDougal debía estar vigilada, y por eso Rudolf Wolberg acababa de añadir una víctima más a su lista…

«A veces hay que ser señuelo, hijo mío, y así se atrapa al confiado que acecha», pensó, repitiendo una de las lecciones de su maestro en el laberinto de la guerra secreta. ¿Dónde estaría Arnold Stevens? Como siempre, donde menos se podía suponer… Un atroz pellizco mordió el corazón del muchacho. ¿Y si el vagabundo era Arnold Stevens, en uno de sus mil disfraces…?

No. Y se fue tranquilizando… Aquel vagabundo era de corta talla, y era ésta una particularidad que no puede fingirse…

Si los Cuatro Ases rondaban, como se desprendía de la súbita aparición de Rudolf Wolberg, tanto mejor que le vieran…

Anduvo cautelosamente, atento al menor rumor. Como primera medida de prudencia, no se daría a conocer al estar ante Angus MacDougal.

Se limitaría a decir que venía a visitar a Helen Brown. Pensó en ella con alarma, y susurró:

—La pobrecilla puede correr peligro. ¡Se ha ido a meter en un nidal de espías y agentes alemanes!

Barney Lacy, apenas hubo entrado Rudolf Wolberg en la sala donde ambos esperaban la llegada a la costa de Glentis de Erik Rintelen, preguntó:

—¿Ya?

—Ya. Uno menos. Lo que no alcanzo a comprender es por qué tenernos que dejar intacto al condenado Vic Tramp. Ronda el castillo, y…

—El cerebro de Hilda dirige, doctor. No lo debes olvidar. Dice que dejando rondar indemne a Tramp cogeremos a los dos. A él y a Arnold Stevens, que el infierno pronto acoja.

—Algo extraño hay en Hilda. Se ha acicalado… Y hace cinco años que no la veía así. Prefería siempre la ropa masculina…

—En efecto. Hace cinco años, cuando se enamoró de aquel oficialillo rumano. Y cuando le mató, volvió a vestirse como un esperpento.

—¿Crees que está enamorada de este condenado Adonis?

—Todo es posible en este mísero mundo. Pero mientras no aparezca Arnold Stevens, nada impide que Hilda viva unos momentos de dulce amor, antes de hacer como la *mantis religiosae*.

Por si no lo sabes, te ilustraré. Es un insecto hembra que, después de la noche de bodas, devora a su esposo.

La paloma remontó el vuelo, llevando en el anillo el mensaje cifrado escrito por MacDougal y controlado por Hilda Braun.

—Su esposa y sus hijos, así como los dos criados, no sufrirán el menor daño mientras usted cumpla con su forzosa obligación —anunció ella, mientras descendían.

—Han encontrado el único procedimiento infernal que podía convertirme en un miserable traidor.

—No emplee esas palabras, MacDougal. Usted no es un traidor a nadie. Es, sencillamente, un hombre que defiende la vida de sus familiares.

—Es incomprensible, y resulta tanto más odioso ver que dos mujeres bonitas como usted y Cora Robin puedan…

Se interrumpió al oír en la puerta resonar una llamada. Hilda Braun, con la mirada, le designó el salón, a la vez que se encaminaba hacia, la puerta.

Abatido, colgantes los brazos y encorvados los hombros, Angus MacDougal fue a sentarse tras la mesa.

Hilda Braun abrió, y en silencio sonrió dulcemente, extasiándose ante la ingenua mirada de adoración con que Vic Tramp la contemplaba.

Cogidas las manos, él dijo, precipitadamente:

—¿Puedo hablarte a solas, Helen? Corres peligro… Es largo de contar.

—Ven conmigo, Vic. En estos instantes, la familia MacDougal está reunida. Podremos, pues, hablar cuanto quieras.

CAPÍTULO VI

Erik Rintelen era un experto oficial submarinista, merecedor de toda la confianza de la Gestapo, que conociendo su odio al Almirantazgo inglés, le había elegido para llevar a cabo la instalación de una base de suministro de combustible en el Donegal.

Erik Rintelen había entrado en contacto con Rudolf Wolberg, que en otra ocasión habíale demostrado su capacidad, y que habíale prometido que exactamente el 10 de septiembre podría emerger en la bahía del Glentis, asegurándole que el faro y el castillo estarían en poder de los Cuatro Ases.

El submarino navegaba entre dos aguas, a unas veinte millas de la costa irlandesa.

Un mercante inglés, que sin duda venía de Norteamérica, se enmarcó en la cruz del periscopio…

Una hora después, Erik Rintelen, apoyadas las dos manos sobre el acero, dio vuelta al periscopio. Ya no le interesaba lo que arriba ocurría…

El mercante torpedeado acababa de hundirse verticalmente, de proa.

—¡Trece! —ordenó, guturalmente.

El «U-7» obedeció al mandato seco de su capitán y el timón se estabilizó en las trece brazas de profundidad.

Echó Rintelen hacia atrás su gorra y secóse el sudor de la frente. Sus ojos azules, fríos, duros e impasibles, se contrajeron…

El periscopio acababa de revelar una balsa donde confusamente un grupo se debatía. Había en él algunas figuras femeninas…

Erik Rintelen se apoyó de nuevo en las manijas de acero…

—¡Seis! —exigió.

El periscopio enfocó de nuevo la balsa, en giro amplio que revelaba desierta la inmensa masa liquida en el crepúsculo.

—¡Tres!

Dio un nuevo giro completo al periscopio, no divisando, aparte de la balsa, más que desierta extensión, azulada y calmosa.

—¡Superficie! ¡Brigada de cubierta!

El monstruo submarino, bamboleándose, se estabilizó, emergiendo de pronto a ras de agua.

La escotilla de superficie libró paso a Erik Rintelen, astroso en su uniforme azul.

La barba rojiza le poblaba el rostro. Los azules ojos guiñaron molestos por la luz natural.

Pensaba que la presencia de la balsa parecía obra de algún milagro, porque el mercante, alcanzado de lleno y certeramente en la proa, se había hundido en segundos con toda su tripulación.

Ninguna cabeza había flotado, y, sin embargo, allí estaba la balsa, cuyos ocupantes miraban atemorizados las rígidas siluetas del barbudo oficial y los ocho hombres que parecían estar de pie sobre el agua.

—¡Cable! —ordenó Rintelen.

Aspiró con deleite la brisa salobre. Una mujer estaba ante él. Hacía tres semanas que no había visto una mujer.

Y los ojos de la desconocida estaban impregnados de temor… y de odio. Un odio salvaje, casi primitivo.

Silenciosamente, Rintelen señaló la escotilla abierta. Ella se encogió de hombros, descendiendo.

Erik Rintelen contó siete náufragos. Tres mujeres y cuatro hombres. Siete… como su nave. «U-7». Siete náufragos…

¿Por qué los había recogido? Complicaciones, bocas inútiles…

—¡Descenso!

Cuando el último de sus hombres, con rapidez meteórica, hubo desaparecido, Erik Rintelen quedó con el busto al aire y el brazo rígido manteniendo la escotilla.

Cumplía rutinariamente, por la fuerza de la costumbre, los matemáticos movimientos que precedían a la inmersión en el obscuro abismo líquido.

Y al soltar la escalerilla vertical miró fríamente el grupo

compacto de aquellos seres, que le devolvieron la mirada en silencio.

—¡Compartimiento seis! —indicó, secamente.

Un marinero abrió varias compuertas, cruzó varios compartimientos-estanco, y, en el fondo, se detuvo ante, una portezuela, que abrió. Una portezuela semejante a la de una gran caja de caudales. Era la del compartimiento número seis.

Erik Rintelen señaló el espacio abierto, y el grupo de náufragos desfiló, desapareciendo en el interior.

Dio una orden al contramaestre y entró en el compartimiento seis, cerrando tras sí la puerta.

Erik Rintelen se enfrentó con sus prisioneros, supervivientes únicos del torpedeo del mercante inglés.

Uno de los hombres estaba en paños menores…

—Atiendan —dijo Rintelen, en un inglés lento y gutural, donde las sílabas parecían ser mordiscos—. Desde el instante que han pisado mi cubierta, son prisioneros del Tercer Reich. Pasarán a un campo de concentración cuando el día «X» salgamos a flote en el puerto «Y».

—Interesante, marino.

Erik Rintelen miró inexpresivamente a la que acababa de hablar: una rubia de lozana belleza provocativa.

—¿Quién le pidió que nos recogiera? —siguió diciendo ella—. Más tarde o más temprano, un barco decente, y no su traidor submarino, nos habría recogido…

—¡Ruego silencio! Debo exponerles la situación. Me causan una molestia…

—Como dice Sheila —arguyó uno de los náufragos—, ¿por qué nos apresó?

—¡Cállese…! —se limitó a pronunciar, secamente, Rintelen.

Estaba habituado a ser prontamente obedecido, pero olvidaba que estaba hablando con un individuo totalmente opuesto en carácter a un disciplinado marino alemán.

—¿Que me calle? Soy muy libre de hablar —dijo el irascible Pat Merry, el irlandés, campeón de los pesos *welter*, que regresaba de América, tras una gira triunfal.

—Por favor, Pat, deja hablar al teutón —dijo otra de las mujeres.

El irlandés bajó el brazo derecho, que, doblado, tendía un puño amenazador.

Erik Rintelen miró inexpresivamente a la que acababa de intervenir. Era la frágil morena que le lanzó como saludo una mirada preñada de odio.

Rintelen enrojeció, ante el mohín de desprecio con que ella le llamó «teutón».

—Repito —dijo, secamente—. Me causan una molestia. Pero mi deber de elemental humanidad…

La rubia lozana estalló en una breve carcajada histérica que agitó levemente su pecho.

—¿Humanidad? ¿Humanidad lanzando torpedos, asesino agazapado? —exclamó, fulgurantes los ojos.

La luz opaca del compartimiento era opresiva. Un olor nauseabundo se extendía por doquier. Y oprimía el pensamiento de que el mar gravitaba sobre la coraza de acero.

—¡Repito! Un deber de elemental humanidad me impidió dejarlos. Ahora tendrán que acatar el régimen que reglamenta la situación de los náufragos en un torpedeamiento. Bajo ningún concepto intentarán salir de este compartimiento, donde residirán hasta el momento de salir a flote en un puerto alemán.

—¡Aquí! —gritó la rubia Sheila—. ¿Aquí, en esta lata de sardinas maloliente y hedionda?

—¡Calle, Sheila, por favor! —intervino de nuevo la delicada morena—. ¡Qué puede importarnos todo! Acaban de morir cientos de seres humanos, que eran nuestros compañeros de viaje…

Las mojadas vestimentas revelaban en ella una figura de tanagra, perfecta, conmovedora en aquel instante.

Pero Erik Rintelen siguió mirando inexpresivamente al decir:

—Se añadirá un tubo de oxígeno al compartimiento. Karl, un bávaro que no habla ni entiende el inglés, les traerá la comida, a base de conservas. Siempre que me necesiten, y sea con causa justificada, indíquenlo a Karl, señalando con dos dedos abiertos la manga de su guerrera.

Rintelen señaló la suya propia, donde rutilaban dos galones amarillos.

—Ahora es mi deber proceder al atestado, tomándoles declaración uno por uno, y privadamente. Cualquiera de ustedes

puede empezar.

Saludó rígidamente, abandonando el compartimiento-celda, para entrar en el ovalado tubo vecino.

—¡Yo misma seré, la primera! —exclamó Sheila—. Tendré el placer de hartarme de insultar a este asesino de masas…

—Cuidado, preciosa… —advirtió Merry—. Estos fríos y correctos alemanes, cuando se ponen brutos son peores que Joe Luis. Anda, y ustedes no estén tan tristes. ¡Caramba, estamos vivos!

En el compartimiento vecino, Erik Rintelen cerró la puerta cuando hubo entrado la rubia lozana, que se le antojó expresión de la más apetitosa Eva… si mantuviera la boca cerrada.

Señaló una silla de tijera, baja y sin respaldo. Él sentóse en otra semejante. Entre ellos había una mesita de exiguas proporciones, soportando un voluminoso libro de negras cubiertas, en cuyo blanco membrete, escrito con redondilla, aparecía la palabra: «Diarische».

Sheila ignoraba el alemán, y, sin embargo, adivinó vagamente que aquel libraco era el Diario de a bordo.

Rintelen extrajo del libro unas hojas.

—¿Cómo se llama usted?

Ella cruzó las piernas, poniendo en peligro su estabilidad.

—Dame un cigarrillo, alemán.

—La atmósfera está demasiado enrarecida para fumar, señorita. ¿Cómo se llama?

—Sheila Monray, el furor de las revistas de Broadway —afirmó, pomposamente, la corista.

La estilográfica escribía rápidamente.

—Veintisiete años, divorciada dos veces, actriz y natural de Ohio. ¿Te basta?

—Nombre y nacionalidad del buque, y motivos del viaje.

—«Aracnid». Inglés. Me costó un dineral, y dejarme besar por cuatro marinos, el poder conseguir pasaje y el permiso para ir a Londres, donde me espera mi futuro tercer marido. ¿Te basta?

—¿Qué cargamento llevaba el «Aracnid»?

—¡Nueces! Por si no lo sabes, te diré que en mi tierra esto significa: «Siga otro camino, hermano, que por ahí tropieza». ¿Te basta?

—Agradeceré este informe. Tengo novelas, una gramola, cigarrillos… —dijo, insinuante, Erik Rintelen.

—¿Ah, sí? Óyeme, rico. El día en que no quede un solo nazi vivo bailaré hasta caerme muerta de cansancio, ¿me oyes bien? Y si el arañarte sirviera de algo, a esta hora parecerías un mapamundi. Mataste con tu torpedo a mi «Buby», que era un precioso gatito angora que maullaba con un encantador sentido del ritmo. Además de ser un asesino cobarde, eres un estúpido si piensas que puedes convencerme. Mírame bien. Muchos hombres me han dicho que soy bonita. Nunca he sido esquiva, pero estaríamos tú y yo solos, y mi vida dependería de un beso tuyo, y preferiría morir. ¿Está claro? ¿Te basta?

Rintelen se encogió de hombros. Abrió la puerta del compartimiento, y siempre sin expresión presenció el salivazo con el que, poco elegantemente, abandonaba Sheila Monray el estrecho recinto.

Un individuo achaparrado, de gafas de carey y rostro ancho, se sentó en la silla de tijera.

Contestó a las preguntas:

—William Bart, cuarenta y tres años, casado, natural de Chicago, comerciante.

Rintelen no le registró, porque sabía que sus hombres habían cacheado, en busca de posibles armas, a todos los náufragos.

—El buque se llamaba «Aracnid», inglés, y tenía yo urgente necesidad de ver a mi consocio en Liverpool…

—¿Cómo se llama y dónde reside su consocio?

—¿Es muy… muy necesario este detalle?

—No lo preguntaría, si no lo fuera.

—Entonces, escriba… —Y William Bart deletreó unos apellidos y una dirección.

—¿Qué cargamento iba a bordo?

—Víveres y armamento.

—Especifique.

—Unas doscientas toneladas de conservas de carne, otras tantas de fruta. El resto del tonelaje, en piezas sueltas de ametralladoras y morteros.

—¿Cómo está usted tan seguro?

—Oh, bien… Yo era… Pues eso… Soy agregado comercial.

Los ojos de Erik Rintelen se contrajeron peligrosamente. Para él era excusable la actitud de Sheila Monray. Era la guerra inexorable;

ella cumplía con su obligación de mujer sensiblera, y él cumplía con su deber.

Pero aquel rechoncho individuo era de la fauna que él más despreciaba. Un traficante… Uno de tantos responsables del desequilibrio mundial.

Se levantó, y con un chasquido de dedos señaló el vecino compartimiento. Al pasar el agregado frente a él, le propinó un recio puntapié que le impulsó a entrar de cabeza en el compartimiento número seis.

Y la risotada con que por un instante perdió Rintelen su impasibilidad fue netamente germánica…

Ahora se enfrentó con un individuo alto, delgado, anguloso, pelo cano y manos manícuradas, que debía estar ya informado por Sheila Monray de las preguntas, porque recitó, nerviosamente, con rapidez:

—Me llamo Mihail Heltai, húngaro, cuarenta y seis años, soltero, compositor.

Erik Rintelen tendió la mano, que el otro estrechó.

—Aliados. Mi nombre es Erik Rintelen. ¿Qué hacía usted en América, señor Heltai?

—Vivir. Pagaban muy bien mis recitales. Ahora intentaba regresar a Budapest vía Londres. Los auditorios empezaban a serme hostiles, porque al llegar a América, hace tres años, publiqué unas declaraciones de simpatía a los gobernantes del Tercer Reich.

—¿Tiene su documentación, señor Heltai? —preguntó, en alemán, Rintelen.

En el mismo idioma, replicó el compositor, señalando su traje destrozado:

—En la confusión que siguió al torpedeamiento, y en las caídas, se vaciaron mis bolsillos. Y no tuve tiempo de recoger nada.

—Explíqueme cómo fue posible que se salvaran.

—Obra de un puro azar. Los siete que aquí estamos nos hallábamos sobre una balsa, a estribor de la nave, discutiendo las posibilidades que ofrecía en caso de hundimiento. De pronto, el barco pareció saltar en el aire. Estalló la explosión, y nos agarramos desesperadamente al madero. Tragamos agua, nos hundimos, volvimos a flotar… Nada más.

—Bien. Quisiera poderle dar un trato especial, pero el

reglamento me lo prohíbe. Ya declarará cuando lleguemos a la primera «Komandatur».

—¿Tardaremos mucho?

—Lo ignoro. Excuse la situación, señor Heltai. Es la guerra…

Y con un evasivo ademán, Rintelen despidió al húngaro. En el compartimiento entró una mujer con expresión asustada…

El que decía llamarse Mihail Heltai contempló después que la puerta se hubo cerrado tras él, a Sheila Monray y a Donna Smith, que estaban arrodilladas, a cada lado de un hombre tendido e inmóvil.

Un hombre con la boca abierta, por cuyos labios se deslizaba, un hililllo de sangre.

En un rincón, Pat Merry, el campeón de los *welter*, se miraba los nudillos con aire de asombro.

William Bart, el agregado comercial, explicó, en voz baja:

—Cuando usted hubo salido, comandante Stevens —y miró al supuesto Mihail Heltai—, este hombre manifestó que tenía que explicar al capitán alemán que usted había venido a bordo cuando el barco dio vista a la costa irlandesa. Y que no quería verse mezclado en este misterioso asunto. Le recordó Merry que, gracias a usted, nos hallábamos en la balsa que nos salvó. Pero persistió este hombre en querer denunciarle, y entonces Pat Merry, enojado, le propinó un puñetazo. Este hombre cayó y su nuca chocó contra aquel saliente…

—Está muerto —dijo Sheila Monray, alzando la cabeza.

Arnold Stevens dejó de ser el nervioso compositor húngaro «adicto al Tercer Reich», para decir, evasivamente:

—No pierdan la serenidad. Continúen como si nada hubiera sucedido. Declararán, ustedes dos, que son los únicos que faltan. Después…, tendré que actuar.

CAPÍTULO VII

Erik Rintelen miró a la mujer que acababa de entrar con expresión asustada, y de cuyo flaco cuerpo pendían lamentablemente los jirones de lo que había sido un vestido deportivo.

Febrilmente, sus manos subían y bajaban, en incesante e inútil tentativa de cubrir desnudeces poco tentadoras…

Erik Rintelen abrió la compuerta que permitía ver como al fondo de un túnel la torreta central de mando.

Gritó estentóreamente unas guturales palabras, incomprensibles para la atribulada mujer. Instantes después recogía él mismo un amasijo gris, y cerró la compuerta.

La escuálida y temblorosa cuarentona recibió agradecida la manta afelpada y mullida, con la que se envolvió el cuerpo por debajo de los sobacos.

Dio tres vueltas a la amplia manta, y se sintió otra…

—Gracias, señor —dijo, mansamente—. Soy Winifred Sutter. Nací hace cuarenta y dos años en Kansas. Soy viuda, y tuve dos hijos.

Hipó lamentablemente, enjugándose unas lágrimas con el revés de la flaca mano.

—Uno murió… y el otro está herido en un hospital de Dublín…

—Sensible, señora. Es la guerra. ¿Qué más quiere decirme?

—Voluntariamente…, nada más.

Erik Rintelen se levantó, hizo chocar los tacones y saludó rígidamente.

—Puede retirarse, señora.

Winifred Sutter le miró abrir la compuerta, y presurosa desapareció. Ahora fue Pat Merry quien, pisando como un bailarín, quedó en pie frente al marino.

—No se canse, compadre. No diré ni media.

—Como prisionero, está bajo mis órdenes. Tiene la obligación de responder a mis preguntas.

—Límpiate, que estás de huevo, rubiales —replicó, retador, el pugilista.

Olímpicamente, los setenta y siete kilos de músculos y poco cerebro del campeón irlandés adoptaban una actitud napoleónica, brazos cruzados, desafiante.

Rintelen, con un gesto cansado, le despidió con un ademán de la barbilla rojiza y erizada de pelo. Tenía prisa por terminar.

Pensaba que él era simplemente un soldado y no un policía. Un soldado a quien la Gestapo había elegido para instalar con seguridad una base de aprovisionamiento en la costa irlandesa, a fin de surtir desde el once al veintidós de septiembre a una flotilla de submarinos que iban a efectuar una operación conjunta por el mar del Norte.

Al ver desaparecer a Pat Merry, pensó que la Gestapo ya sabría entendérselas con aquel gallito. Él no era más que un soldado.

Entró «ella»… y Erik Rintelen casi lamentó no haberse retirado a tiempo del periscopio, cuando ya el barco se había hundido. No la habría visto, perfecta imagen de la feminidad suave y dolorida.

No quiso mirar aquel rostro de líneas delicadas, temiendo chocar con la mirada de odio.

—¿Nombre? ¿Nacionalidad?

—Donna Smith —atajó ella, endureciendo la voz.

—Veintidós años. Natural de San Francisco. Ninguna profesión. No sé qué bateo era, ni qué carga llevaba. Sólo sé que iba a bordo con mi marido… y que éste se marchó unos instantes para irme a buscar el abrigo… ¡y murió!

—Sensible, señora. Es la guerra… ¿Motivos del viaje?

Ella guardó silencio. Rintelen se decidió a levantar la vista de la cuartilla donde escribía el borrador de las declaraciones.

Chocó de nuevo con la mirada de intenso odio.

¿No podía ella comprender que él no era más que un soldado que…?

—Es la guerra —repitió, firmemente.

Donna Smith, que no se había sentado, continuaba mirándole. Dijo, con voz ronca:

—Mi marido había sido destinado como gerente en Londres de la casa de exportaciones donde trabajaba. Nos habíamos casado la noche antes de zarpar. ¡Y usted, usted…!

—Yo no, señora. Yo cumplo con mi deber. Recibí orden de torpedear cuanto barco mercante inglés atravesara mi singladura. Cuando un minador lance con suerte su bomba de profundidad, y muera yo enterrado vivo con los hombres de mi tripulación, en Alemania habrá madres, esposas y novias que sufrirán lo que usted está sufriendo. ¿Odiaré al comandante del minador? ¿Odiará mi madre al marinero inglés que disparó con suerte su bomba? No… Llorarán, sin odiar. Yo no odio más que al Almirantazgo inglés, porque domina el mar, pero yo no soy más que un instrumentó. Y el hombre que en mí hay… fue el que les recogió.

—¡Para internarnos en un campo de horrores!

—Cumpliendo con mi obligación.

—Hablamos lenguajes distintos, capitán. Yo soy una mujer que odia las violencias, y usted es una máquina, un instrumento, un fanático equivocado, recibiendo órdenes que representan miles de muertes.

Se abatió ella en la silla, y cubriéndose el rostro con las manos, empezó a llorar sin ruido.

Erik Rintelen esbozó un gesto como para consolar. Pero comprendió que nada podía hacer.

«Es la guerra», pensó, repitiéndose incesantemente la frase, mientras sin saber qué hacer contemplaba el hondo llanto interminable de la delicada criatura sentada frente a él.

—Tengo que explicarles por qué les rogué silencio, ya que de ello dependían muchas vidas. Me encomendaron una misión dificultosa, donde cada hora que pasaba podía equivaler a muchos barcos hundidos cómo se ha hundido el «Aracnid» —fue diciendo Arnold Stevens, en quien toda nerviosidad fingida había desaparecido—. El Almirantazgo inglés tiene informes de que se prepara un recrudecimiento de los ataques submarinos enemigos, que en gran escala y fecha próxima, tendrá lugar en algún punto del mar del Norte. Todo parece indicar que la base de aprovisionamiento y salida de los submarinos estará en algún punto nórdico de la costa irlandesa. Solicité y obtuve permiso del Almirantazgo para que, desde un destructor, subiera a bordo de

cada, mercante que, procedente de América, desfilara por la costa nórdica irlandesa, subiendo a él en frente de la punta Rossan y abandonándolo al llegar al cabo Malin. El «Aracnid» ha sido el tercer barco en el que subí.

Se detuvo, porque la compuerta giraba, dando salida a Pat Merry, y entrada a Donna Smith.

Y en aquellos mismos instantes, muy lejos, dos altos jefes del Almirantazgo inglés, conversando con *Sir* Jasper Narringay, el jefe de la «Special Branch» de Scotland Yard, lanzaban a la vez la misma exclamación:

—¡Absurdo!

—El heroísmo siempre tiene ribetes de absurdo, señores, por cuanto es realizar hazañas que están fuera de la imaginación y del alcance del nivel de la humanidad corriente.

—Bien, *Sir* Jasper, pero hay heroísmos razonables.

—Los que razonamos no seremos nunca héroes. Además, creo haberles dicho que el comandante Stevens es el ser más audaz, más ingenioso y dotado de improvisación que milita en las filas del contraespionaje. Me conocen ustedes y saben que no soy propenso a hipérboles. Pues bien, les aseguro que el comandante Stevens es el mejor agente del mundo. Posee, entre otras muchas facultades, la de adoptar inmediatamente el carácter y aspecto de cualquier persona que vea. Puede imitarla perfectamente.

—Un talento muy útil en las tablas y tal vez en algunas situaciones, pero no a bordo de un submarino si es que logra su propósito. Resumiendo, *Sir* Jasper: la movilización de tres destructores dando caza a nuestros mercantes que dan vista a la costa nórdica irlandesa, obedece a que, según su opinión, la idea del comandante Stevens es puramente genial.

—Lo es. Ustedes saben que tenemos las fuerzas navales inglesas en patrulla por el Canal, el Océano y el Mediterráneo, y muy al Norte del mar septentrional. Nos es, pues, humanamente imposible evitar el torpedeamiento de esos mercantes. La idea del comandante Stevens es lógica. Tenemos informes de que entre el once y el veinticinco de septiembre estallará un gran ataque submarino por todo el mar del Norte, y es de presumir que serán submarinos que irán ahora a concentrarse en algún punto ignorado. Si contamos con un hombre nuestro a bordo de uno de estos submarinos, podremos

averiguar el punto de concentración, y aniquilar la flotilla y su base de aprovisionamiento.

—Confía usted mucho en Stevens, *Sir* Jasper.

—En efecto.

—¿Es invulnerable al torpedo que hunda la nave?

—Esperándolo, y dispuesto ya apenas estalle el torpedo, a lanzarse al mar.

—Bien. Lo damos por hecho. ¿Y después?

—Los alemanes recogen los náufragos cuando los hay, por orden que tienen de la Gestapo de obtener todos los informes posibles.

—Bien. Lo damos por hecho. Es recogido. ¿Y qué? ¿Pensará apoderarse del submarino?

Sir Jasper sonrió algo agriamente.

—Eso sería demasiado fácil para el comandante Stevens. Hará más. No iba a contentarse con destruir un submarino, cuando su intención es aniquilar a una flotilla y su base clandestina.

El otro jefe del Almirantazgo que había estado hasta entonces callado, dijo:

—La fe mueve montañas, *Sir* Jasper. No conozco al comandante Stevens, pero ya creo en sus supernaturales facultades.

—Todos los agentes son hombres ya dotados con facultades superiores a las naturales. Y el comandante Stevens es el mejor de los agentes.

—No obstante, dando por aceptado que se salve del torpedo, si lo hay, que sea recogido… ¿Qué podrá hacer él solo contra una tripulación de hombres valientes y desconfiados?

—Eso, señores… es lo que sabremos pronto.

Pat Merry al terminar de oír las explicaciones de Stevens, crispó los puños, excitado y con entusiasmo:

—¡A ellos, comandante! Somos tres… y con la amenaza de hundir el submarino.

—No. Tenemos que esperar a salir a flote.

—¿Y si salimos a flote en un puerto alemán?

—Mala suerte. Entonces tendríamos que escapar. Pero por las reticencias del capitán Rintelen, adivino que no saldremos en puerto alemán. Ustedes sigan comportándose como hasta ahora. Si llama la atención que no lo creo, la inmovilidad del accidentado, las señoras que le presten cuidados como si estuviera sufriendo de

mareo. Y formemos grupo aparte. Sepárense de mí, porque soy adicto a los nazis.

—Bueno, comandante. Ya me avisará cuando tenga que echarle una mano —dijo Pat Merry, deseoso de entrar en acción.

—A veces puede más la rata que el león, querido amigo.

—Pues si la rata es usted… ¡es un verdadero león!

Donna Smith se secó, los ojos con las manos. Se puso en pie, preguntando:

—¿Puedo retirarme?

Levantándose, Erik Rintelen asintió en silencio. Cuando ella hubo desaparecido, cerró cuidadosamente la compuerta marcada con un seis en cifras romanas y cruzó los tres compartimientos hasta llegar a la torreta central.

Contempló unos instantes a Wilhelm Meinzer, su contramaestre y primer oficial, que estaba pegado como una lapa a las manillas del periscopio.

De los dieciséis hombres que componían la tripulación, ocho estaban en su sitio y los otros ocho del turno de reposo, roncaban allí mismo en sus estrechas literas superpuestas de cuatro en cuatro.

Erik Rintelen habló seca y tajantemente al contramaestre:

—A las veintidós en punto, tome nota de los intervalos del faro de Glentis. Despiérteme a las veintidós y quince.

Entró en los dos metros cuadrados que le servían de alcoba, lavabo y despacho, y escanciándose un vaso de ginebra alemana, vestido como estaba se dejó caer en la litera, aplastando el rostro en la almohada.

El
run-run
sordo y monótono de los motores, arrulló el brusco sueño de amodorramiento en el que se hundió, mientras el oblongo cofre en forma de gigantesco cigarro, seguía su lenta marcha hacia la bahía del Glentis.

CAPÍTULO VIII

Hilda Braun, sentada en un rincón de la pequeña biblioteca anexa al salón, escuchaba al que, con vehemencia, empezó diciendo:

—¡Tienes que irte de esta casa, Helen! Un peligro constante y que no puedo explicarte, rodea estos lugares. Acabo de ver, sin poderlo evitar, cómo mataban a un hombre, despeñándolo. Y su asesino, al que conozco, está por los alrededores.

—Pero ¿qué daño puede nadie hacerme a mí, Vic?

—No puedes comprenderlo. Tu vida no tiene valor para los desalmados que han empezado a actuar. Aquí, lejos de toda vecindad, no se detendrán ante ningún obstáculo. Han debido averiguar ya que Angus MacDougal es agente de Servicio Secreto y seguramente vendrán a suprimirlo, o lo que es peor, irán matando a cuantos vengan aquí.

—No entiendo nada, Vic, pero si existe ese peligro, mayor riesgo correría intentando escapar. ¿Por qué no me explicas con claridad lo que sucede?

—No puedo…

—¿Es que no tienes confianza en mí?

—¡Sí, plenamente!

—Entonces… demuéstramelo.

—No debería divulgar un secreto, pero el caso lo requiere, porque me doy cuenta que no aquilatas todo el verdadero peligro de muerte en que te hallas. He sido enviado para procurar inutilizar los intentos de una banda de criminales que se conocen por el apelativo de Los Cuatro Ases. He visto ya a uno de ellos. Uno ex médico que se llama Rudolf Wolberg. Éste es el que acaba de despeñar, asesinándolo, a un vagabundo que indudablemente era un agente inglés, que quería evitar lo que yo tengo por misión evitar. El

suministro de submarinos alemanes, o de los franceses de Vichy.

—Pero, Vic, ¿qué tengo que ver yo o los de esta casa con todo eso?

—El señor MacDougal, como te he dicho ya, es agente del Servicio Secreto. Haz lo que te pido, Helen. Vete a recoger tu equipaje, lo más imprescindible, y así yo, acompañándote, evitaré que te suceda ningún daño.

—¿Qué daño pueden hacerte o te han hecho esos Cuatro Ases?

—Mi padre adoptivo Arnold Stevens, comandante, estuvo a punto de morir. Pero hicieron algo peor con él. Se burlaron de sus sentimientos enviándole una mujer para enamorarle, y ella le engañó. Esto es imperdonable.

—Iré arriba a recoger mis cosas, Vic. Espérame unos instantes.

Apenas ella hubo salido dirigiéndose a las escaleras, en la biblioteca contigua al salón entró Angus MacDougal.

Se aproximó, mostrando su dedo, doblado. Habló apresuradamente en voz baja:

—Les he oído. Por favor, amigo, avise pronto al comandante Stevens. Los Cuatro Ases están aquí mismo. Tienen secuestrada a mi mujer y a mis dos hijos. Me obligan a callar bajo la amenaza de muerte. Arriba están Rudolf Wolberg y otro individuo, y hay tres más vigilando a mis familiares.

—¿Y Helen?

—Es la peor. Es, en realidad, el jefe de todos ellos, y su nombre es Hilda Braun. Finge ser institutriz de mis hijos para vigilarme. Por favor, avise pronto al comandante Stevens.

En la habitación alta, donde Wolberg y Lacy jugaban al ajedrez esperando la llegada de Erik Rintelen, penetró Hilda Braun.

—Vic Tramp te vio despeñar al agente británico, Rudolf. Está aquí. Me supone en peligro y quiere que me vaya con él. Me habló de su padre adoptivo Stevens.

—¿Sí? ¿Y qué has decidido, querida? —preguntó, melifluo, Barney Lacy.

—Hay que actuar —dijo, secamente, Rudolf Wolberg—. Ese hombre sabe demasiado, y no veo la razón para andar con contemplaciones.

—Atiende, Rudolf —atajó ella—. Si Vic Tramp no sufre ningún daño, por su conducto puedo llegar hasta donde se halle Stevens. Es

muy importante apoderarnos y silenciar para siempre a Stevens. Propongo, pues, que finja yo escaparme con Vic Tramp. Indudablemente, me llevará al lugar donde está acechando Stevens.

—Me temo, Hilda, que estés enamorada, y busques un pretexto para que tu galán no sufra daño. Debo recordarte que si bien aceptamos, tus consejos, no puedes darnos órdenes y actuamos de acuerdo con la decisión de la mayoría. Yo opino que puesto que Vic Tramp sabe ya que aquí estamos nosotros, conviene rematarlo. ¿Y tú, Barney?

—Naturalmente, me sumo a tu opinión, Rudolf. Sería correr un innecesario riesgo, dejar salir con vida a Vic Tramp.

—Aguardad un instante. Si disparáis contra él, cuando sólo faltan escasamente horas para que llegue Erik Rintelen, sería exponerse a llamar la atención.

—¿Quién lo oirá, querida? El pueblo está lejos. Esta residencia es ideal para un solitario alejado del ruido mundanal, y viceversa. ¿Vamos, Rudolf?

—Un momento. Si matáis al muchacho, perdéis la carta favorable que supone tenerlo prisionero, y así poder coger a Stevens.

—Nunca tuviste tantos escrúpulos ni remilgos, Hilda. No cabe titubear. Si dejamos que Tramp salga de aquí, irá directamente a avisar a los suyos, y esto no lo consentiremos. Vamos, Barney.

En el saloncito de la planta baja, Vie Tramp tardó unos instantes en recuperar el pleno dominio de sus facultades.

Era una amarga sensación comprobar que, al igual que hicieron con Arnold Stevens, también esta vez Los Cuatro Ases le habían engañado por mediación de la que él creyó una desamparada institutriz.

No sabía que era el Azar quien habíale reunido con Hilda Braun. Debía avisar a los de la «Special Branch», pero ¿cómo? El único enlace era Angus MacDougal, y este nada podía hacer.

Un sordo furor fue ascendiendo en su cerebro. Se levantó, dirigiéndose a la escalera.

Tenía que ser rápido e implacable. Deseaba, y a la vez temía, enfrentarse con Hilda Braun. No podía evitarse el pensar en la encantadora Helen Brown.

Pero ella había matado muchas veces. No era una mujer, sino un

monstruo de maldad. ¿Cómo relacionar a la suave y dulce Helen Brown, con la principal miembro de Los Cuatro Ases?

Subió silenciosamente los peldaños. Llegaba al rellano superior, cuando Rudolf Wolberg y Barney Lacy aparecieron.

Ambos llevaban una pistola. Dispararon, retrocediendo. Vic Tramp sintió el impacto en dos lugares distintos. Un hombro y el pecho.

Corrió hacia delante, disparando a su vez. Desde abajo, uno de los tres secuaces que custodiaban a la servidumbre asomó.

Atraído por las detonaciones, encañonó hacia lo alto. Apretó el gatillo, apuntando hacia los anchos hombros del joven que, herido ya, iba a penetrar en la habitación donde Wolberg y Lacy se parapetaban tras sillones.

Vic Tramp giró sobre sus tacones, abrió los brazos, y cayó de bruces, exánime.

Barney Lacy corrió, dispuesto a vaciar el cargador, con saña, contra el yacente. Una mano le asió por la muñeca, y Hilda Braun dijo, imperativamente:

—Ya está. No es preciso malgastar balas.

—Bien. No ha sido difícil. Se ve que perdió el buen sentido, alucinado por tus encantos.

—Ayúdame, Rudolf —pidió ella.

—¿A qué?

—Llevaré en el coche a este hombre. Se muere, ¿lo veis? Sigue Creyéndome una institutriz. Si me oye, le diré que le llevo a un hospital. ¿No comprendéis?

—No.

—Tendrá necesidad de avisar a alguien. Seguramente a Stevens. Me dirá dónde está, en su delirio.

—Tienes razón.

Rudolf Wolberg se inclinó, pasando el hombro bajo el sobaco de Vic Tramp. Se enderezó dificultosamente.

—Vigila tú a MacDougal, Barney, mientras yo estoy fuera.

Poco después, junto al volante, quedaba Vic Tramp sentado en el suelo del coche. Hilda Braun pisó el acelerador, abandonando la casa.

Inconsciente, Vic Tramp, en delirante incoherencia, fue repitiendo monótonamente, mientras el traqueteo empujaba su

cabeza sobre el regazo de la que conducía:

—Helen… Helen…

Nerviosamente, conduciendo con una mano, encendió Hilda Braun un cigarrillo.

El coche descendía por la colina a toda velocidad. En el día que iba agrisándose en brumas, los contornos del páramo y de las casitas del pueblo, aparecían desdibujados.

Cuando ella se cercioró de qué no era visible el coche desde la mansión de los MacDougal, viró, introduciendo el coche entre dos grandes peñascos.

La detuvo. Abrió el maletín que contenía todo un instrumental de urgencia y botiquín.

Con mano segura, procedió a lo que ya en otras ocasiones había sido para ella un menester aprendido por propio interés.

Quitó la americana y la camisa al malherido. Rasgó la camiseta de seda con unas tijeras.

Había tres balazos. Uno en la clavícula. Otro en lo alto del hombro, y el más peligroso en el centro del pecho.

Introdujo la lanceta, sondando. La bala del pecho estaba alojada entre las vértebras del esternón.

Procedió con la habilidad de un cirujano. Sin titubear, efectuando todos los movimientos con rapidez y precisión.

Era una cura cruenta. Vic Tramp abrió unos instantes los ojos. Veía borrosamente sobre su busto, el rostro serio y concentrado del Cuarto As.

Fue a hablar, pero perdió de nuevo el conocimiento. Hilda Braun, extraídas las tres balas, drenó concienzudamente, aplicando los desinfectantes y vendando apretadamente el hombro herido.

Sólo entonces se sentó tras el volante, reclinándose. Encendió un cigarrillo… y lamentó no ser verdaderamente Helen Brown, la institutriz necesitada de un amor sincero.

Era severa con todos y especialmente consigo misma. Tenía la característica mentalidad de un elevado porcentaje de alemanes.

Sentimentalidad, crueldad y autodisciplina. Y se examinó. ¿Había salvado la vida de Vic Tramp para lograr saber dónde estaba el odiado Arnold Stevens? ¿O le había alejado de la proximidad de Wolberg y Lacy para poderle salvar simplemente como a un hombre al cual ella quería?

Recordaba sus aventuras amorosas. Se cansaba pronto. Mataba sin escrúpulos al mismo que besó con cariño al principio.

No obstante, algo le decía, con indefinible reiteración, que ella amaba al que sentado en el suelo y de nuevo con la cabeza apoyaba en su regazo, semejaba un niño desamparado.

Con energía, tiró por la ventanilla el cigarrillo a medio consumir. Extrajo del maletín un frasco, que descoronó de su rosca hermética y voluminosa.

Un acre olor penetrante invadió el interior del coche. Apartando ella la cabeza, aplicó el frasco abierto bajo las narices del desvanecido.

La mezcla amoniacal vigorizó a Vic Tramp. Cerró ella el frasco y, con suave entonación, murmuró:

—Soy yo, Helen.

Repitió las tres palabras, elevando progresivamente la voz. En el cerebro de Vic Tramp, fue forjándose una idea.

Puesto que ella ignoraba que él sabía quién era… podía vengarse. Se removió, tratando de enderezar el busto. Percibió su costado izquierdo totalmente inmovilizado por las vendas y, mirándose el pecho, vio las vendas que iban manchándose de rojo.

—Helen —tartajeó—. ¿Qué me sucedió?

CAPÍTULO IX

Erik Rintelen se incorporó. Había bastado apenas un roce de la mano de Wilhelm Meinzer para que se despertase inmediatamente. Miró su cronómetro. Había conseguido dormir las cuatro horas de un tirón.

Wilhelm Meinzer, mirando por encima de la cabeza de su superior, anunció, tieso y rígidamente cuadrado:

—El faro de Glentis, capitán, aumentó sus intervalos en dos segundos cada cuatro revoluciones. Lo hizo así por espacio de diez minutos. Distamos cuatro millas de la bahía del Glentis, capitán. Está en observación Fritz Langen. Cada hombre en su puesto.

—Bien. Releve a Langen. Tomará superficie a la hora, y posición señaladas en el mapa, número 20.

—A la orden, capitán. Relevo a Langen y tomaré superficie a la hora y posición señaladas en el mapa número 20.

Saludó, dio brusca media vuelta y abandonó la estrecha estancia.

Erik Rintelen se desabrochó la guerrera y hundió el rostro en el agua tibia del lavabo, conservando el rostro sumergido por unos instantes. Se sacudió como un perro mojado, frotándose con una toalla áspera, empapada de alcohol.

Ingirió de un sorbo el hirviente café puesto a su lado por el contramaestre en un termo. Salió de su «cajón» y el marino que estaba apoyado, de espaldas en el periscopio, se cuadró, anunciando:

—¡Catorce brazas!

Sentóse Rintelen ante la mesita, con la carta de sondeo extendida. Mientras miraba el lugar señalado para emerger, pensó que Los Cuatro Ases habían cumplido.

El faro estaba en poder de ellos.

De pronto, el detector se iluminó. El tubo acústico lanzó un leve silbido. Todos los marineros se irguieron en sus sitios, con una luz extraña en los ojos.

Hans, el artillero, corrió al lado de la manivela del lanzatorpedos, cuya culata había abierto ya otro artillero, mientras el tercero se abrazaba al torpedo segundo, como si mantuviera un voluminoso niño entre los brazos.

Erik Rintelen consultó la carta y el señalador. Gritó:

—¡Doce!

Wilhelm Meinzer estaba ya junto a él y Rintelen le substituyó en las manijas del complicado mecanismo de relojería que formaba un vasto cuadrante de agujas oscilando y luces parpadeando.

—¡Diez! —ordenó.

Los acústicos reprodujeron el silbido indicador de la proximidad de un casco metálico navegando por la superficie… en alguna parte a babor o estribor, al frente o a retaguardia de la caja oblonga que podía en un instante convertirse en ataúd sin escapatoria posible, un ataúd encerrando a hombres vivos, en trance de agonizar en larga muerte atroz, que nadie puede imaginar.

El telémetro especial encuadró la masa líquida que cubría las profundidades por donde navegaba el submarino.

—¡Doce!

Erik Rintelen fue el único que, en una pequeña esfera, pudo ver el resplandor que de pronto pareció barrer la densa negrura de la enorme masa líquida.

—¡Trece! ¡Catorce!

Un sordo rumor fue agigantándose, y de pronto una fuerza inmensa pareció sacudir el submarino, levantándolo y zarandeándolo.

—¡Quince! —gritó Rintelen, la frente brillante, pero sin el menor temblor en sus manos que empuñaban como apoyo el inútil periscopio.

—¡Virar ángulo 63! ¡Dieciséis!

Había visto a tiempo la refracción del reflector que arriba barría la negrura del mar.

Seguramente un destructor en misión de patrulla. La bomba de profundidad: sólo había conseguido hacer parpadear las luces del

cuadrante y las del compartimiento.

—¡Virar ángulo 5! ¡Diecisiete!

Un lejano retumbar anunció otra bomba de profundidad. Pasaron dos, tres, cuatro minutos…

—¡Virar en ángulo 9!

Pasaron cinco minutos más, huyendo a ciegas. Al fin, ordenó la maniobra que borró de los rostros las crispaciones.

—¡Mantener fondo! ¡Estabilizar primera posición!

El peligro había pasado. Soltó las manijas, y separó la boca del tubo por donde dictaba las órdenes.

Erik Rintelen echó hacia atrás su gorra, que siempre llevaba hundida y calada hasta las orejas. Sonrió… Sus hombres sonrieron.

Hans, el bávaro, el simple Hans, rió con toda la boca abierta, pero en silencio, respetuosamente.

—¡Coñac! ¡Una pipa permitida! —decretó Rintelen.

Era el premio a la angustia pasada y vencida.

—Puedes cantar, Hans.

Esta orden equivalía al grato anuncio de que durante media hora, navegarían lentamente en círculo y a profundidad, libres de todo peligro al acecho.

Un descanso, unas breves vacaciones en la lucha con la muerte. El agudo «li-rei-li» de las cumbres bávaras, que entonó Hans, agolpó lágrimas de nostalgia en los ojos de Fritz, que soplaba en su armónica, acompañando la canción tirolesa.

Wilhelm Meinzer escanció coñac en los demás vasos de estaño, después que Erik Rintelen hubo bebido el suyo, diciendo:

¡«Prosil»!

Era un coñac especial, que contenía un sedante para aquietar los nervios. Menos el timonel y su ayudante, todos se sentaron en cuclillas cuando Rintelen abandonó la torreta central.

Al mirar a su «equipo» sus ojos teñían una expresión afectuosa, amable, humana…

Volvieron a ser fríos e indiferentes, a medida que iba atravesando los compartimientos hacia el marcado con el número 6.

Abrió la puerta, y preguntó:

—¿Me hace el favor, señor Heltai? —dijo, en alemán.

Los restantes parecían dormir tumbados contra la cóncava pared. Evitó Rintelen mirar a la «madona».

Arnold Stevens salió, y mientras se disponía Rintelen a cerrar de nuevo, dijo:

—Ha ocurrido un accidente, capitán.

—Ya pasó. Nos bombardearon, pero ya pasó.

—No me refería a esto, capitán.

Erik Rintelen había llegado ya a la mesita. Enchufó un cordón y aplicó sobre su cara la maquinilla de afeitar eléctrica.

Tenía sobre la mesa «la bufanda de salida» y colgaba a sus espaldas el tabardo impermeable.

—¿Qué accidente?

—He matado a un hombre, capitán.

Erik Rintelen, pasándose la maquinilla por el rostro y mirándose al pequeño espejo adosado al lomo de un grueso libro, arqueó las cejas.

—No es momento para tales declaraciones. Lo que tenga que decir respecto a su pasado, eso… a la Gestapo.

—Ha sucedido ahora mismo, capitán. El hombre que le faltaba por interrogar.

—No lo interrogué, porque me dijo «ella» que estaba enfermo de mareo —pretendió Rintelen excusarse, como si fuera una falta contra el reglamento.

—Cuando usted me interrogó, capitán, me encontré que este hombre ya repuesto, me insultaba.

—¿Por qué?

—Yo no le conocía más que de vista. Pero él, según parece, me odiaba, porque me llamó «puerco nazi», Me acaloré y le pegué un puñetazo. La mala suerte hizo que, al caer, se diera, con la base del cráneo contra una arista. Ha muerto.

Terminó Rintelen de afeitarse. Se pasó la mano por la cara, mientras desenchufaba.

—Le declarará a la Gestapo. Ahora escúcheme, Heltai —y miró su cronómetro—. Exactamente dentro de quince minutos emergeremos. Tendré que ordenar que les pongan los cepos a los prisioneros… varones. No podré hacer excepción con usted. Le he llamado para rogarle no vea en ello una medida de enemistad, y si es posible, comuníqueme lo que ellos digan. Posiblemente, como haría yo en su caso, intentarán medios suicidas de evadirse. El interior de un submarino es peligroso. El boxeador puede romper

un tubo, abrir alguna llave, en fin, causar un daño que tengo que evitar.

—Sí, capitán. Puedo ayudarle, si quiere, a poner los cepos a los dos. Ellas están profundamente abatidas, aunque… y perdóneme la intromisión, sería conveniente ponerle también los cepos a la rubia Sheila. Es vigorosa e histérica.

—Bien.

Rintelen extrajo de un cajón una carpeta, que colocó en el bolsillo del tabardo. Se levantó, y aplicando la boca en un tubo acústico, ordenó:

—¡Hans, Karl, Rupert! ¡Los cepos de barra! ¡Dos barras!

Explicó:

—Cada barra sirve para mantener tobillos y manos de dos personas. Para evitarle la enojosa compañía de los otros dos, le ataré con la señorita rubia. Usted me excusará.

—Cada cual cumple con su deber, capitán.

—Exacto, es la guerra.

Los tres marinos acudieron. Llevaban dos barras, de las que colgaban cuatro argollas.

Erik Rintelen sacó el revólver, abrió la puerta del compartimiento seis, y entró:

—Ruego docilidad —dijo, secamente—. Tienda las manos, Pat Merry, y usted, Bart.

Un leve asentimiento de Arnold Stevens, hizo que ambos obedecieran. Hans y Rupert, inclinándose, amanillaron en la barra los tobillos y muñecas de los dos prisioneros.

Sheila Monray empezó a levantarse, mientras, en el rincón, Winifred Sutter lloraba acongojada, y Donna Smith la acariciaba.

Al gesto de Rintelen, el marino Karl asió las muñecas de la rubia corista, que muy sinceramente, prodigó insultos pintorescos.

—¡Retiraos! —ordenó Rintelen.

Se fueron los tres marinos, mientras Stevens tendía sus muñecas. Rintelen dijo:

—Lo siento, Heltai.

—También yo, capitán.

Los puños de Arnold Stevens, adelantándose, chocaron rápida y diestramente en doble golpe velocísimo y científico.

Uno, contra la punta del mentón del alemán; el otro, contra el

estómago, en el plexo, solar. A la vez, adelantó los brazos en vez de retirarlos para repetir el golpe. Sabía que bastaban.

Erik Rintelen quedó desmadejado, colgando por los sobacos de los brazos de su agresor.

Stevens lo dejó caer al suelo, lentamente. Procedió a desvestirle la guerrera, las botas y los pantalones. Habló:

—Ustedes seguirán, al parecer, encadenados. Les abriré las argollas, pero es necesario que no se muevan. Le pongo la pistola de Rintelen en el bolsillo interior de la chaqueta, Pat. No la emplee, a no ser en caso apremiante.

—Pero… ¿qué va a hacer, comandante? —quiso saber Bart.

—El capitán, con mi ropa, quedará encadenado junto a Sheila. Lo amordazaré y si alguien entra aquí, usted, Sheila, cubra el rostro del capitán, aunque ya procuraré yo ordenar que nadie entre aquí.

—¡Imposible, comandante! ¡Se darán cuenta!

—No. Dentro de pocos minutos sale el submarino a superficie. La gorra calada y la bufanda, bastarán. He visto lo suficiente a Rintelen, para saber andar y hablar tomo él. Tengan calma y podrán salvarse. Supongo que me creerán loco, pero he hecho cosas tan locas como ésta y salieron bien.

—Ellos le reconocerán.

—Miran respetuosamente, como buenos soldados alemanes. Por encima de la cabeza del superior… Es indisciplina mirar el rostro. Además, con la bufanda, la gorra y toda la ropa del capitán…

—Pero ¿entiende usted la maniobra de un submarino?

—No tuve tiempo de aprenderla. Pero un gesto bastará. Mostrarle al contramaestre mi dedo en alto. Tengan calma.

Después de dejar al amordazado e inconsciente Rintelen en la barra, junto a Sheila Monray, ya revestido con la ropa y gorra del marino, dijo Stevens:

—Y no olviden que este hombre cumplía con su deber. No es un asesino, a su modo de ver las cosas. Es como un piloto bombardero nuestro. Por tanto, si como espero, consigo lo que me propongo, Erik Rintelen será prisionero de guerra. Recuérdelo, Pat Merry. No emplee contra él su pistola, ni usted. Sheila, sus uñas. Hasta pronto. Si dentro de cuatro horas no he venido a libertarles, entonces… recen por mí.

Al cerrarse la puerta, Winifred Sutter sollozó

desconsoladamente. Pero Donna Smith tuvo fe y Sheila Monray lo expresó:

—¡*Cheer-up*! ¿Y qué hacen en Hollywood que no contratan a este talento? Ya estamos salvados. Total, sabe hablar alemán y los demás brutos no pueden ni por un segundo pensar en que sea posible que un prisionero se meta en la ropa de un capitán de submarino. ¡Pobrecillo! —añadió riendo, viendo la cabeza de Rintelen contra su hombro—. Está más cómodo que yo. ¡Suerte, comandante Stevens! ¡Nadie me creerá cuando explique todo esto!

—Nadie creería las cosas que a veces se ven forzados a realizar los del Servicio Secreto —comentó, sentenciosamente, William Bart.

Pat Merry tanteó la pistola, levantando la barra.

—¡Nada! ¡El submarino ya es nuestro!

Revistió Stevens el tabardo, enrollándose la bufanda hasta debajo de la nariz. Sacó del bolsillo la carpeta y, abriéndola, fue leyendo los breves párrafos escritos en mayúsculas a máquina.

En el cronómetro propiedad de Erik Rintelen, faltaban cuatro minutos para el momento de emergencia a superficie.

Se dirigió Stevens hacia la torreta central, donde cada hombre, de espaldas, atendía a los instrumentos de su incumbencia.

Wilhelm Meinzer se irguió, anunciando la situación en grados. Arnold Stevens, con la cabeza inclinada, vio en el bolsillo superior del tabardo un estuche de gafas.

Las sacó. Eran de cristales intensamente azules. «Emergencia»…

—¡Superficie! —dijo secamente en alemán, enronquecida la voz por la bufanda. Señaló, a su vez, hacia arriba, en gesto brusco.

Meinzer se apoyó en las manijas, mientras sentábase Stevens en la mesita, continuando en la lectura de las hojas contenidas en la carpeta.

De vez en cuando, Wilhelm Meinzer daba una orden. Parecía como si el peso que gravitaba sobre el submarino se hiciera menos denso.

De pronto, se estabilizó, bamboleándose.

—¡Atentos compuerta de aire! —gritó Meinzer—. ¿Alineación en cubierta, capitán?

—¡Alineación en cubierta! —repitió Stevens.

Los diecisiete hombres, uno tras otro, fueron desapareciendo tras del contramaestre, por las dos escotillas que ahora abiertas

inundaban de aire fresco el interior. Fuera, en la superficie del submarino, la noche intensa y brumosa sólo era rasgada por los pincelazos del faro de Glentis.

El sumergible estaba meciéndose en la ensenada protegida al pie del acantilado, en cuya cima se perfilaba sombría la mole del Castillo de los Ahorcados.

Stevens leyó ahora:

> *«Rudolf. Wolberg dará la novedad a las veintitrés en punto, presentando primero como contraseña un destello de linterna eléctrica a intervalos de tres segundos. Se presentará en la boca de la gruta de acceso al castillo».*

En la gruta invisible para todos y a distancia de unos treinta metros del lugar en que había aflorado el sumergible donde ahora se alineaba en dos filas, con Wilhelm Meinzer en cabeza, los hombres de la tripulación, parpadeó una luz a intervalos de tres segundos.

Por entre la niebla, se destacaba netamente la mole obscura del submarino, con sus hombres alineados y al que, vestido con las ropas y gorra de Erik Rintelen, se asió a la pasarela.

Cesó la linterna de parpadear y Rudolf Wolberg penetró en la lancha, cuyos remos fue manejando hasta atracar junto al submarino.

Arnold Stevens se colocó las gafas. Penetró en la lancha, desde la que le tendía la diestra su enemigo, que saludó:

—¡A la orden, capitán Rintelen!

El ruido de los acumuladores recargándose, se acompasaba al del mar batiendo por los alrededores contra las rocas no protegidas como las de la ensenada.

Wilhelm Meinzer dio sólo la orden de «¡Rompan filas!» cuando la lancha empujada por los remos que empuñaba Rudolf Wolberg, se alejaba hacia la oquedad de la gruta.

Ocho hombres bajaron al interior para atender a las maniobras de la carga de acumuladores, y los demás, en cubierta, fumaron plácidamente. Había dado el ejemplo Meinzer, que comentó, satisfecho:

—Aquí tan seguros como en Hamburgo.

—¿Por la niebla, contramaestre?

—No, necio. Porque el capitán tiene a un subordinado en el faro. ¿Comprendes, Hans, cabeza tonta? ¿Íbamos a salir a superficie tan cerca del faro, si no lo tuviera ya el capitán en su poder?

Hans rió complacido y admirado. Ya no temía ahora, y comprendía por qué el rayo del faro no iluminaba la ensenada.

—¡Silencio! —dijo el mismo Meinzer—. Callen todos y atentos a los ruidos. Tres a proa, tres a popa. Tú conmigo, Hans.

La lancha había ya penetrado en la oquedad de la gruta. Todo el litoral era una, masa compacta de bruma.

Cora Robin, en el faro, aguardaba de un instante a otro la llegada del capitán Rintelen o del hombre que la relevaría. Tenía ya ansias de hablar con alguien. Deseaba conocer a Erik Rintelen.

CAPÍTULO X

Arnold Stevens, al saltar de la lancha al borde rocoso del interior de la oquedad, recordó lo que en cierta ocasión oyó de labios de un aventurero.

«Es más fácil suplantar al presidente del Estado que al vecino, porque éste es un hombre y aquél una autoridad y ocupa un alto cargo».

Arnold Stevens, saliendo del submarino frente a la tripulación respetuosamente alineada, era para Rudolf Wolberg, sin la menor sospecha, el legítimo Erik Rintelen:

Y Arnold Stevens, provisto de la carpeta que contenía los documentos secretos referentes a la operación llamada «Hidencraft», tenía en sus manos el pleno triunfo. Podía aniquilar a Los Cuatro Ases, favorecido por su autoridad total como Erik Rintelen.

Rudolf Wolberg iba abriendo ante él el suelo del pasadizo con la luz de la linterna eléctrica.

Al aumentar la pendiente en su empinado camino hacia el castillo y doblar un recodo, apareció la poterna por la que, en el mismo día, el agente Lester Lorimer había, hallado el paso hacia el mar.

Habían dejado atrás varios recodos y escalones. Atravesada la poterna, penetraron bajo una bóveda intacta, sin ventanales ni grietas, donde ardía una lámpara de petróleo.

Bruscamente, Arnold Stevens tendió la mano, señalando la lámpara.

—No es visible desde fuera, capitán Rintelen. Después de aquella puerta, se encuentra el patio de armas y la Sala de los Ahorcados.

—Novedades —dijo, guturalmente, Stevens.

—En el faro, Cora Robin espera el relevo, capitán. En la casa de

Angus MacDougal están Barney Lacy y otros tres hombres de toda mi confianza. Un agente inglés se puso en comunicación con Angus MacDougal, porque sospechaba del castillo.

Lanzó Stevens una imprecación netamente germánica.

—Lo despeñé, capitán. Otro agente inglés vino a la casa, pero lo acribillamos a balazos, y Hilda Braun se lo llevó, para aprovechar su delirio de agonizante e intentar que le revelase dónde se esconde su cómplice, un comandante inglés del Servicio Secreto.

Arnold Stevens hizo un esfuerzo para no engarfiar el cuello del asesino. Primero tenía que cumplir con su deber, del que dependían miles de vidas. Tiempo habría para la venganza privada. ¿Habría muerto Vic?

—¿La emisora de onda especial? —inquirió, con acritud.

—En el faro, capitán. ¿Puedo mostrarle la instalación del oleoducto y los depósitos?

—Vamos.

Atravesaron lo que antiguamente fue patio de armas y llegaron al espacio enmarcado por los muros y techo construidos por los conservadores del museo.

Las siete figuras colgantes resaltaban en relieve sobre el panel de madera, más corpóreas aun por el hecho de que una linterna de seguridad, de la clase de las empleadas por los mineros para evitar explosiones, brillaba en el suelo, llenando de claroscuros la envoltura lúgubre.

Rudolf Wolberg deseaba demostrar que merecía la plena confianza del Nuevo Orden, y sabedor de que Rintelen pertenecía al Partido que se formó en una cervecería de Munich, dijo, obsequiosamente:

—He tratado de superarme para ser digno participe de la victoria del Tercer Reich. Hubo muchas dificultades, capitán, muchas. Era preciso hacer llegar a este abandonado castillo, del que se apartan con temor los crédulos del país, todo lo necesario para asegurar un suministro eficaz, constante y a cubierto de todo riesgo.

Mientras hablaba, se dirigió al panel de las siete esculturas. Pareció por un instante que era él quien colgaba de una nudosa soga, al aplastarse contra el ahorcado.

Se oyó un chasquido metálico, correspondiendo a la presión de sus dedos pulgares junto al cuello de la escultura. El ahorcado giró

lentamente, abriéndose a modo de puerta. Proyectó Wolberg su linterna al interior de la oquedad dejada así al descubierto, y mostró el gran foso abierto tras el panel.

Veíanse extrañas vasijas de forma alargada, que vistas desde la altura semejaban gruesos troncos, podados de ramas.

—Contienen el petróleo, capitán. Conseguí cargamento en camiones y licencia como si se trataran de tubos de oxígeno.

Esperó una felicitación que no vino. Prosiguió:

—El oleoducto podrá ser extendido por el pasadizo, tan pronto usted, capitán, coloque al equipo de tripulantes.

—Esto es asunto mío, Wolberg. Usted limítese a darme las novedades con referencia a lo que le encomendé.

—Sí, señor —y casi se cuadró el austríaco—. En la residencia de MacDougal nos instalamos. Tres hombres vigilan de cerca a la esposa e hijos, así como a la servidumbre de la casa. Barney Lacy se quedó allá. En el faro está Cora Robin. Como ve, capitán, he cumplido.

—Vayamos hacia la casa.

Barney Lacy había querido asegurarse, puesto que la llegada de Erik Rintelen suponía que a partir de aquel momento, toda la operación quedaba en manos del enviado de la Gestapo. Por lo tanto, hizo atar brazo a brazo y tobillo a tobillo, a los dos esposos, a los dos hermanos y a los dos criados.

Él y sus tres secuaces esperaban en el vestíbulo, junto al salón en que se hallaban los seis prisioneros, la llegada de Rudolf Wolberg y Rintelen.

Al ver aparecer en el vestíbulo la figura hermética del capitán submarinista, se pusieron en pie, casi con respeto.

Rudolf Wolberg miró hacia el salón y señaló:

—Angus MacDougal es agente de enlace con el departamento especial del Servicio Secretó. Hasta ahora ha permanecido dócil, bajo la amenaza de represalias sobre su familia. Usted dispondrá lo que con ellos habrá de hacerse.

—Es asunto mío. Vayamos al faro y a mi regreso, dispondré. Usted, Wolberg, se quedará en el faro con Cora Robin, hasta que envíe a mi técnico para el relevo. Vamos.

Abandonaron la casa. Rudolf Wolberg sentía un extraño malestar, algo indefinible. Su experto sexto sentido de alarma, le

advertía que un obscuro e imponderable peligro le acechaba…

Miró la silueta enfundada en ropa azul, de gorra calada y bufanda rodeando la boca. Decíase que los submarinistas padecían de oftalmía, y que al salir a la superficie sentían heridos sus ojos por la luz, Pero de noche, con aquella niebla… Se tranquilizó él mismo, reprochándose su excesiva desconfianza. Había visto perfectamente cómo el capitán saltaba del submarino ante la tripulación alineada.

Hasta entonces iba junto a Stevens. Pasó adelante para mostrarle el sendero que llevaba a la rada donde esperaba la barca del torrero.

Habló, porque la caminata entre nieblas iba desasosegándole:

—Cuando usted lo ordene, capitán, nosotros cuatro nos iremos, agradeciendo la generosidad en el pago que…

—Le acuso de imprudencia, Wolberg.

—¿En qué, capitán? Todo está dispuesto tal como pactamos en nuestra entrevista.

—Al igual que ahora nos dirigimos al faro, podía otro usurpar nuestra personalidad, y engañar a Cora Robin.

—Nadie conoce la señal convenida, capitán. Ella sabe que sólo usted, yo o el técnico enviado al relevo, puede… —Se detuvo bruscamente, y sus manos enguantadas asieron sus solapas—. Perdone, capitán. No es que desconfíe, pero ya que usted mismo lo ha indicado, sería más conveniente que usted diera la señal convenida.

—¡Imbécil! —increpó, secamente, Stevens—. ¿Es que no me ha reconocido enteramente o está ciego?

—Perdone, capitán. Pero toda precaución es poca. De otra parte, su bufanda, sus gafas…

Se hallaban en un terreno en declive, resbaladizo, fangoso de humedad. Flotaban alrededor jirones de bruma, danzando en lentas volutas fantasmales.

Bajó Stevens su bufanda y quitóse las gafas, que introdujo en el estuche de acero contra roturas.

—Véame. No encienda la linterna, ahora. Hay destellos que pueden perforar las nieblas.

Acercó Rudolf Wolberg el rostro, y se excusó:

—Perdón, capitán. Toda precaución es poca. Ya estamos llegando. Allí está la lancha.

Arnold Stevens no atribuyó a la niebla la aparente confusión de Rudolf Wolberg. Su enemigo era hombre de serenos nervios y reflejos audaces. Hizo como que le aceptaba por Erik Rintelen…

Y Stevens pensó que, a partir de entonces, si dejaba de vigilar tan sólo una fracción de segundo a Wolberg, la muerte entre las nieblas, le daría su definitivo golpe de guadaña.

En el bolsillo del tabardo, Erik Rintelen había colocado otra pistola. La palpó, encañonando a través de su bolsillo al que ahora cogía el rollo, de soga que rodeaba una seta de hierro junto a la roca bañada por el agua.

Era el momento de no mostrar recelo. Seguramente, Rudolf Wolberg no se contentaría con matarle, sin antes averiguar cómo era humanamente posible que de un submarino alemán y a la hora convenida, surgiera Arnold Stevens vistiendo la ropa de Erik Rintelen.

—Usted primero, capitán.

Penetró Stevens en la barca. Quitó Wolberg el resto de la cuerda. Y empuñó los remos, diciendo.

—El ruido del motor podría alertar a alguien, aunque a estas horas ningún supersticioso irlandés merodea por éstos, contornos.

Cuando la barca recorrió la escasa distancia que la separaba de la isleta donde se erguía el torreón del faro, Rudolf Wolberg soltó los remos para lanzar la soga a otra bita idéntica a la que hasta momentos antes sujetaba el esquife.

Sostuvo tensa la soga, esperando que Stevens desembarcara. Su diestra tanteó hasta encontrar la pesada cabilla que serviría de maza. La empuñó, ocultando la mano en el bolsillo de su gabardina.

Echó hacia delante y al llegar a la base del torreón, asió un cable colgante con la zurda.

«No es zurdo», relampagueó en la mente de Stevens, que se aprestó a luchar sin ruidos que alarmaran a la que, arriba estaría junto a la emisora.

Dejó de manosear la pistola, que ahora sería ya arma ruidosa y audible para Cora Robin. No podía perder toda una labor en la que hasta aquel preciso momento el factor suerte le había ayudado generosamente. Abrió lentamente la hoja del cuchillo con el que seguramente Erik Rintelen cortaba la carne para comer en lugares donde los cubiertos gran considerados objetos de lujo.

Rudolf Wolberg, con la zurda, tiró por tres veces del cable. Hizo una pausa y tiró dos veces más.

Después, dijo:

—Ya está, capitán. No hace falta linterna. Hay iluminación suficiente en la escalera.

Se apartó para dejarle paso. La diestra de Stevens, abierta, chocó de canto contra la carótida de Rudolf Wolberg.

Una llave de «judo» que, momentáneamente y aplicada con precisión, paralizaba la respiración y los reflejos musculares del adversario. La hoja de su cuchillo penetró hasta el mango en el centro del cuello del austríaco.

La misma mano con la que aplicó el golpe de «judo», asió por el cinturón de la gabardina a Wolberg, mientras la otra repetía el golpe mortal, y la hoja de acero daba remate a la silenciosa agresión.

La sangre ahogó todo naciente grito agónico del que, sostenido por el cinturón, fue cayendo fláccidamente.

Las volutas de niebla seguían valsando alrededor de los dos. Quedó Wolberg tendido en la base del torreón, formando un cuerpo obscuro en la obscuridad.

Arnold Stevens penetró en el recinto circular de la base del faro. La luz de acetileno le hirió la vista pese a los densos cristales azules de las gafas que había vuelto a ponerse, apenas comprobó que Rudolf Wolberg había cesado de respirar.

Y cesó él de parpadear, al ver a Cora Robin que, en el último peldaño de la escalera, reclinada contra la barandilla, le apuntaba con una automática empuñada firmemente.

CAPÍTULO XI

—¿Qué me sucedió, Helen?

Ella permaneció unos instantes pensativa antes de contestar:

—Los hombres contra los que me prevenías, los hombres contra los que querías protegerme, estaban en la casa.

—Empiezo a recordar… Cuando te fuiste, yo oí unos ruidos y subí las escaleras.

—Dispararon contra ti y, desde abajo, otro te hirió en el hombro. Tres balazos.

—¿Cómo estoy aquí y has podido escaparte, curándome?

—Sería muy largo de contar, Vic —dijo ella, y en su voz había un dejo de amargura.

Miró él en derredor, comentando:

—Tiempo tenemos y el lugar es propicio. Nadie puede vernos. ¿Por qué me salvaste? ¿Cómo pudiste lograrlo?

—Porque te quiero.

—No contestas la segunda pregunta.

Comprendió ella que la duda se infiltraba en el cerebro del joven, y bajo la influencia de diversas emociones, empezó a hablar:

—Lo que te voy a confesar, Vic, hará que me mires de ahora en adelante con horror. Pero te quiero… y no puedo seguir engañándote. Yo no me llamo Helen Brown sino Hilda Braun.

—¿Eres alemana?

—Sí. Soy… el Cuarto As.

Vic Tramp se incorporó lentamente y, ayudado por ella, logró sentarse junto a la que prosiguió:

—Cuando te hirieron, te creyeron a punto de morir. Iban a rematante, y les engañé… Por vez primera he engañado a los míos, a los que están asociados conmigo hace más de diez años. Les dije

que sacándote de la casa y valiéndome de que me seguirías creyéndome Helen Brown, conseguiría hacerte revelar en tu delirio, dónde se halla tu compañero Arnold Stevens.

La lividez de Vic Tramp aumentó. Hubiera sido distinto, pensaba, si ella hubiera seguido engañándole: Pero ¿era sincera ahora? ¿No se trataba de un nuevo engaño? Sin embargo, no veía perfidia ni oía engañosas frases. El semblante de Hilda Braun expresaba amargura y su voz era casi vergonzosa, cuando prosiguió diciendo, con temblorosa entonación:

—Por un instante, pensé ser fiel a los míos. Pero algo pudo más. Un sentimiento nuevo, Vic. El amor sincero, desprovisto de sensualidad impura. Te curé, y ahora puedes aborrecerme, porque soy indigna de tu amor. Nunca me pasó… el humillarme ante un hombre, y en esto comprendo que te quiero verdaderamente… aunque tardé en confesarte quién soy y maldigo el Destino que me hizo lo que soy.

—Yo creía en ti, Hilda. Y también te quise desde un principio, pero… ya sabías quién era yo, y estabas en el autocar para, engañarme, para mentirme amores…

—¡No es verdad! Fue el Destino.

—Invocamos demasiado al Destino cuando queremos encubrir malas acciones.

—Yo te juro que no te fingí. Cuando supe tu nombre pensé simplemente en vivir una aventura amorosa. Pero yo que siempre me burlé de los hombres, ahora recibo mi castigo, porque leo en tus ojos desprecio y escepticismo.

—Me has curado… y tal vez más hubiera valido que me dejaras morir, porque ahora, ¿cuál es mi deber?

—Era también mi deber cumplir con los míos.

—¿Con los asesinos que comercian con vidas humanas? ¿Qué deberes puedes invocar?

—En el Mal como en el Bien, hay deberes, Vic. Renuncia a la lucha. Sígueme y abandonemos Inglaterra.

—Yo no traiciono a los que en mí confían.

—Yo, sí. Porque te quiero.

Rió dolorosamente el joven.

—¿A cuántos no habrás dicho le mismo? Para valerte de ellos, para adormecer sus desconfianzas…

Sintió un vahído, y se golpeó con, saña en la cara, para evitar desvanecerse. La pérdida de sangre y el brusco despertar de su romántico idilio que se transformaba a sus ojos en engaño, le producían peonadas emociones, debilitando su resistencia.

Ella susurró:

—Déjame aplicarte una inyección que te reanimará. La necesitas. Debes ahora confiar en mí.

Giró él la cara, estriados los ojos en sangre. Ella comprendió que la juventud inexperimentada de Vic Tramp no era propicia a perdonar ni a concesiones. Veía un joven atleta que la despreciaba, y que de un instante a otro proseguiría la lucha.

—Siempre pensé que cuando me viera frente al Cuarto As, dispararía con furiosa complacencia, Hilda. Y ahora… no puedo.

—Confía en mí, Vic —dijo ella, cogiendo el maletín y abriéndolo.

Descorrió un pasador, descubriendo un compartimiento donde se alineaban ampollas de todas clases, un infiernillo de alcohol, jeringuillas y frasquitos.

—Confiada mí —repitió, sabiendo que en la mente obscurecida por la debilidad del que la estaba oyendo, sus palabras podían ejercer una influencia hipnótica. Y expertamente, mientras encendía el hornillo, colocando luego sobre él un pequeño recipiente con agua y una jeringuilla y aguja, prosiguió, empleando la verdad para engañar—: Tú mismo puedes ver que si no hubiese renunciado a la lucha contra Stevens te habría dejado delirar. Es más, en lugar de aplicarte, como deseo, una inyección de «amphetamina», que produce una fortísima reacción despejando el cerebro y acreciendo el vigor nervioso y muscular durante veinticuatro horas, podría inyectarla esta. Es un invento del mejor químico alemán. ¿Has oído hablar de la «Propylamina monosódica»?

—Leí algo acerca de ella. La llaman «la droga de la verdad». Te haría falta a ti, Hilda.

—Merezco tus sarcasmos. Levántate la manga, Vic. Después, cuando sientas los efectos de la revulsiva «amphetamina», haz conmigo lo que juzgues justo.

Subióse Tramp la manga de la camisa que ella habíale puesto de nuevo. Hilda Braun examinaba la jeringuilla en alto, impulsando el aire. Extrajo el líquido de una ampolla ambarina.

El émbolo fue retrocediendo, aspirando cinco centímetros de la ampolla, que, en vez de la droga revulsiva y vigorizante, contenía la «droga de la verdad».

La «Propylamina monosódica» había sido experimentada con éxito. Quien estuviera bajo su influencia, contestaba verazmente a todas las preguntas.

Frotó ella con alcohol el antebrazo del joven y, de pronto, gritó, porque inesperadamente Vic Tramp, asiéndole la muñeca, en gesto brutal le giraba la mano, obligándola a hincarse ella misma la aguja hipodérmica en el pecho.

Forcejeó ella, pero la diestra del joven parecía una argolla de hierro. Los ojos de Hilda Braun fueron agrandándose, dilatados y fijos, a medida que el líquido penetraba en su piel, recorriendo rápidamente sus tejidos hacia el órgano en que la droga efectuaba su acción extraña y científicamente estudiada.

Sus piernas se tendieron rígidas, sus brazos cayeron inertes. La mano de Vic Tramp siguió manteniendo la jeringuilla clavada y empujando el émbolo hasta terminar de inyectar la droga.

Hilda Braun, ojos abiertos, permaneció totalmente inmóvil.

Afanosamente buscó él entre las ampollas hasta encontrar la que necesitaba, y en la que estaba escrita la letra «beta» griega (amphetamina).

Se inyectó, porque sabía que pronto necesitaría de todas sus fuerzas. Liberó su brazo izquierdo, renovando las vendas apretadamente.

Encontró en el bolsín del coche un arma mortal. Un rifle de dos cañones de escasa longitud, y en el que la caja de cuatro balas, había sido substituida por un peine ametrallador cargado.

Se arrellanó en el asiento, esforzándose en olvidar que era la mujer que él amaba la que a su lado estaba. Pensó en los crímenes cometidos por Los Cuatro Ases. Crímenes que no eran de defensa contra los servidores del orden y la ley, sino, muchas veces, complacencias sádicas de cerebros enfermizos.

No sería él quien ejecutara a una mujer… Pero debía averiguar cuánto concerniera al peligro en el mar, a los monstruos sumergidos que acechaban bajo el agua para torpedear…

—¿Cuántos hombres hay en la casa de Angus MacDougal?

La voz de Hilda Braun pareció brotar de muy lejos, aunque

estuviera junto a él. Era una voz metálica, como si el cerebro que dictaba las: palabras, estuviera ausente.

—Cinco.

—¿Quiénes son?

—Rudolf Wolberg, Barney Lacy, Girogiu Lubek, Lars Kummel, Germán Jiménez.

—¿Dónde está Cora Robin?

—En el faro de Glentis.

—¿Qué hace allá? ¿Cómo pudo entrar?

—Mató al torrero, substituyéndole.

—¿Para qué?

—Esta noche, a las once, el capitán Erik Rintelen saldrá a flote en la bahía del Glentis, junto al Castillo de los Ahorcados. Saldrá a flote, si Cora hace la señal, alterando los destellos del faro durante diez minutos. Entonces, Erik Rintelen irá o mandará un técnico al faro, para relevar a Cora. En el faro está la estación emisora de onda especial para comunicar que la operación se ha realizado satisfactoriamente.

—¿Quién recibirá a Erik Rintelen?

—Rudolf Wolberg.

—¿Tiene Rintelen plenos poderes?

—Es el enviado de la Gestapo para dar la señal.

—¿Qué señal?

—De que todo está en orden.

—¿A quién?

—Al comandante de la flotilla que iniciará una acción intensiva en el Mar del Norte, y que para burlar los minadores que le esperarían al regreso a la base de suministro en puerto alemán, abastecerá la flotilla entera de submarinos en el oleoducto del Castillo de los Ahorcados.

—Puede Erik Rintelen no venir, Puede sufrir un accidente. ¿Sería Wolberg quien se haría cargo de dar la señal al comandante de la flotilla que espera?

—No. Esta misma noche, a las diez estará en el faro Karl Nieyer. El «Oberlieutnant» Karl Nieyer, que la Gestapo ha enviado a Glentis para substituir a su amigo Erik Rintelen si éste no pudiera venir.

—Karl Nieyer estará en el faro desde las diez, y a las once llegará Erik Rintelen. ¿Y qué haréis vosotros, Los Cuatro Ases?

—Nos iremos a Hamburgo.

—¿Tú también, Hilda Braun?

Por primera vez, la frente de ella, que hasta entonces había ostentado como todo el rostro, una marmórea dureza impasible, se arrugó en visible esfuerzo.

Su voz no fue tan neta. Titubeó antes de decir:

—Él está malherido. Lo curaré, y vendrá conmigo a Hamburgo. Vendrá porque le daré un sedante… ¡Vic! ¿Dónde estás? Me duelen las sienes. Hay fuego en mis venas. Tengo frío. ¡Vic!

Las manos alargadas, de dedos ahuesados y nacaradas uñas, se engarfiaron; las bellas piernas se agitaron… Una convulsión acometió a Hilda Braun.

Y empezó a murmurar palabras incoherentes:

—Cansa mucho vivir sin ternura… Ya te he dicho, Barney; que a veces tengo asco de mí… Ríete, Cora, y aunque me llames «walkyria», y digas que no soy femenina… Me duelen las sienes… ¿Quién clavó un alfiler en mi pecho…? Eres tú, Barney… Estás loco… Te lo he advertido. Tu sadismo te llevará a extremos peligrosos para nosotros mismos. Recuérdalo, Barney… Si vuelves a intentar atormentarme, te mataré… ¡Vic…! ¿Dónde estás?

De pronto, cesó de moverse, pareció paralizarse, y su cabeza cayó de lado sobre el hombro de Vic Tramp.

Los ojos grandemente abiertos miraron fijamente al joven, que se sintió molesto, casi con un escalofrío de lástima…

La cogió en brazos, y, bajando del coche, la tendió en el asiento posterior. Ignorando los efectos que seguirían a la acción primero de la droga, la envolvió apretadamente en la manta que halló sobre el asiento.

Volvió al volante, consultando el mapa de las carreteras del Donegal. Buscó en la guía adjunta datos referentes a la ciudad portuaria de Rossan, bastante alejada de aquel lugar.

Había dos clínicas psiquiátricas. Puso en marcha el motor, y emprendió el camino hacia Rossan.

Tenía tiempo suficiente para penetrar en el faro a las once de la noche. Había triunfado… y no obstante sentía amargura. Era su primera acción directa en el Servicio Secreto, y comprendía ahora por qué era de admirar el comandante Arnold Stevens, que conservaba siempre la sonrisa clara y simpática, pese a sus muchos

años de sorda guerra implacable en las tinieblas, donde el anónimo combatiente presenciaba y era actor de muchas sórdidas tragedias.

Obscurecía cuando llegó a Rossan. No quería preguntar a nadie, y fue recorriendo las húmedas calles hasta dar con la que buscaba.

Detuvo el coche ante el gran edificio rodeado de jardines. Le abrieron la verja, y penetró en la alameda hasta el pie de la escalinata.

La enfermera de guardia llamó a dos enfermeros, que en camilla se llevaron a Hilda Braun. Vic Tramp había dicho que era un familiar repentinamente atacado de delirio.

Vino un individuo vestido con blanca bata. Era viejo, y de rostro cazurro. Miró de reojo a Vic Tramp, bajándose las gafas…

—¿Puedo hablarle a solas, doctor?

—Venga a mi despacho. Está junto al quirófano donde acaban de depositar a la enferma.

Vic Tramp, apenas entró en el despacho, preguntó:

—¿Puede darme línea telefónica con Londres, doctor?

—Tal vez. Pero antes desearía saber qué le sucede a su familiar. Tiene un colapso de orden neurótico, provocado artificialmente. Las pupilas tienen dilatación…

—Todo podré explicárselo, señor, si me autoriza a conferenciar con Londres.

El médico miró fijamente a Vic Tramp:

—Oiga, joven… Todo esto resulta algo extraño. La paciente que me ha traído tiene una droga en el cuerpo, y usted otra. El iris está influido por un poderoso revulsivo…

Vic Tramp, excitadamente, pronunció silabeando:

—Servicio Secreto, doctor. ¿Puede pedirme línea con Londres?

—¿Distrito?

—Chatham. Número 153, doble «W».

—Tengo línea de urgencia. Desea hablar con…

—Gerard.

Era el nombre en clave que obligaría a colocarse a la escucha al propio *Sir* Jasper Narringay.

En el quirófano, Hilda Braun era sometida a masajes por una enfermera. Tenía los miembros rígidos, y crispadas las mandíbulas.



La bala sonó con seco chasquido contra el brazo femenino

—Fue «Propylamina monosódica», doctor —explicó Tramp.

—Experimentos peligrosos… pero no los discuto, por cuanto no dudo que han de evitar otros experimentos posiblemente mucho más dañinos.

Aplicóse Vic Tramp el auricular, oyendo ganguear al otro lado del alámbrico:

—Gerard al habla.

—El viajero segundo de la bahía de Glentis en el Donegal, señor. A medianoche, comunicaré. Ahora ruego indique usted al doctor que se pondrá a la escucha, que debe actuar según le ordene.

—¿Necesita compañeros?

—No. Paso el auricular al doctor.

El médico se limitó a declinar su nombre y dirección. Escuchó:

—Actúe a solicitud del que acaba de comunicar conmigo. Ratificaré mi petición formal y oficialmente, por el delegado del Almirantazgo en Punta Rossan.

El doctor colgó el auricular. Hizo luego un gesto interrogante.

—No debe ella salir, doctor. Nadie puede hablar con ella, salvo yo mismo. Es peligrosa.

—No lo dudo. Pierda cuidado. La haré trasladar a una celda confortable destinada a locos furiosos. La trataremos cortésmente.

Volvió Vic Tramp a devorar millas, y de pronto maldijo su falta elemental de precaución. El depósito de gasolina estaba vacío, y se encontraba en medio de un páramo desolado y sin casas a la vistas.

Miró la hora. Eran las nueve de la noche, y necesitaba estar sin falta a las once en el faro de Glentis. Excitado por la enérgica droga, pegó un puntapié al inservible coche de potente motor.

Tenía que estar en el faro a las once… Esta obsesión fue acompañándole mientras, infructuosamente, recorría el páramo donde las volutas de niebla tendían un cendal de lentos giros…

Poco a poco penetró en él la convicción de que no podría nunca llegar al faro a la hora precisa. Todo a su alrededor eran brumas, desolación y carencia de vida humana.

Volver a Rossan, le suponía dos horas de camino a pie. Dirigirse carretera adelante, hacia Glentis, cuanto menos seis horas…

Brillaron de pronto dos faros muy cerca, perforando las nieblas. Le iluminaron plenamente.

Agitó los brazos en aspa, y tuvo que saltar, porque el parachoques iba a embestirle.

Chirriaron agudamente los frenos, y una voz ronca interpeló:

—¿Quiere suicidarse, hombre de Dios?

—Me he quedado sin gasolina. ¿Puede facilitarme?

—¿A dónde se dirige? Puedo llevarlo, si va hacia el norte.

—No. Voy al sur. A Rossan.

—¿Procede de Glentis?

—No. De Lifford.

—Lifford está al este.

Cegado por los faros, Vic Tramp se ladeó. El hombre que hablaba y que estaba junto al volante, murmuró:

—Tome este bidón. Creo le bastará. Son veinte litros.

Acercóse Vic Tramp, y, desde la ventanilla, un voluminoso puño enguantado chocó plenamente contra su rostro, en golpe brutal y certero.

—¡Heinrich! —llamó el que acababa de golpear—. Asegúrate de este tipo. Puede ser un agente inglés. Amárralo, y ya le sacaremos la verdad.

CAPÍTULO XII

Arnold Stevens alzó lentamente los brazos. Dijo:

—Toda precaución es poca, *Fraulein* Cora Robin. Hace bien en recibir así a los visitantes. Compruebe mi identidad. Soy el capitán Erik Rintelen, y en la barca espera Rudolf Wolberg.

Cora Robin continuó apuntando:

—No soy *Fraulein*, sino *Madame*, capitán. Oí cierto ruido, y aunque la llamada era la convenida, quise cerciorarme personalmente.

Descendió el cañón de pistola, y ella se apartó a un lado.

Arnold Stevens emitió una breve carcajada gutural:

—«Perdón, *Madame*»; nos reprochan los franceses el ser patanes ineducados, y daría la razón a la calumnia si permitiera que una dama me siguiera. Por favor, usted primero.

Cora Robin sonrió, y empezó a subir la escalera de caracol que llevaba a las torretas.

Arnold Stevens reprimió los deseos de abrazar a la bella mujer que ante él subía. Un abrazo nada cariñoso ni sensual. Un abrazo definitivo para quitar la vida a la que, valiéndose de su hermosura y despiadada inteligencia, tantos agentes británicos había enviado a la muerte. Pero necesitaba primero llegar hasta la emisora de onda especial, y también le repugnaba herir por la espalda a una mujer.

Desembocó ella en la tercera torreta, la que estaba en el caldeado centro, bajo el mismo faro.

Semejaba la estancia de un científico maquinista. En un rincón, sobre una mesa de acero, se hallaba el emisor-receptor.

Ella indicó la mesita:

—Puede comunicar que hemos cumplido, capitán Rintelen.

Había ella dejado la pistola sobre otra mesa, junto al enorme

cuadrante de palancas, amperímetros, y todos los mecanismos que hacían constante el movimiento del faro.

Encendía un cigarrillo. Arnold Stevens se aproximó al aparato de radio, en los que era experto por gusto y obligación.

Abrió la tapa posterior, para estudiar su contenido. Volvióse para atraer a Cora Robin, cuya peligrosa vecindad con la mesita y el cuadrante, no le gustaban.

—¿Me hace el favor de un cigarrillo? Tengo hartura de pipa.

—Son «Maryland». Algo flojos para su paladar, capitán.

Acercóse ella, sinuosa, atractiva. Y en aquel mismo instante, en que con el convencimiento de estar a solas con Cora Robin en la estrecha torreta, Arnold Stevens se disponía a asegurarse de la que consideraba ya vencida, un frío contacto se clavó en la nuca, bajo la gorra de Erik Rintelen.

—No se mueva —dijo, guturalmente, una voz ominosa y tajante.

Karl Nieyer, apareciendo por detrás del armario que, vuelto contra la pared, le había ocultado, repitió:

—No se mueva. Usted, Cora, quítele las gafas y la bufanda, porque este hombre no es Erik Rintelen.

Ella había corrido en busca de su pistola, y con el cañón de la misma, hizo caer las gafas y empujó hacia abajo la bufanda.

Arnold Stevens permaneció completamente inmóvil. Comprendía que entre dos fuegos, no le cabía resistencia.

Cora Robin rió suavemente, brillantes los ojos.

—¡Pero si es el audaz y siempre triunfante Arnold Stevens! Un gran amigo mío, Nieyer.

El puño voluminoso y enguantado de Karl Nieyer se aplastó contra el cráneo de Arnold Stevens. Cora Robin golpeó con la culata la mandíbula del inglés…

Enlazóse él a la cintura de Cora Robin, pero era en gesto inconsciente de asirse para no caer.

Karl Nieyer, grueso, compacto, de maciza cabeza y corto cuello, masculló coléricas imprecaciones mientras, quitando el cinto al pantalón marinero de Arnold Stevens, le rodeaba con la correa las muñecas, en nudos hábiles.

—Todo está ya claro —fue diciendo, al cesar de atar—. Este hombre ha debido acechar al capitán Erik Rintelen, matándole y substituyéndole. Debe también ser él el responsable de que no estén

aquí, como era convenido, Heinrich y Kurt. Los debió sorprender en el camino. Pero ¿cómo pudo averiguar…?

—El comandante Stevens es el mejor agente del Servicio Secreto de que dispone Inglaterra, Nieyer.

—Debemos dar la alarma.

—No es preciso. Tenga la seguridad de que Stevens no es de los que dejan a otros el remate de una tarea qué ha emprendido. Ha venido sin avisar a nadie. Es muy orgulloso. Parece que está recobrando el sentido. Tiene la cabeza muy sólida.

Karl Nieyer tendió el oído…

—Pasos… —murmuró.

—No tenga aprensión, Nieyer. Es el ruido del engranaje…

—Es en la escalera.

Se precipitó hacia la escalera, empuñando la pistola. Los peldaños visibles estaban desnudos de toda presencia humana.

Empezó a descender con cautela, apareciendo bruscamente a cada recodo. Le tranquilizó el llegar al final y no haber visto a nadie. La puerta batía contra el marco.

Fue a cerrarla.

Desde lo alto, la voz de Cora Robin interpeló:

—¿Era Wolberg?

—No. Nadie. Fueron aprensiones como dijo usted, Cora.

Cora Robin se arrodilló junto al yacente, que tenía ya los ojos abiertos. Sangraba por la boca…

—Muy audaz, Stevens. Demasiado. Esto le ha perdido. Me temo que ahora el señor Karl Nieyer querrá averiguar dónde metió usted el cadáver del capitán Rintelen. Eran amigos. Y Nieyer es un elemento preponderante de la Gestapo. Ha hecho hablar a mudos de nacimiento.

—Siempre irónica. ¿Qué podré decirle a Nieyer, que ya no adivinen? Maté a Rintelen, y aquí estoy. Pero… no ha ganado, Cora.

—¿Su joven amiguito Vic Tramp? Olvídelo. Nieyer me ha dicho que del joven apolo se ha hecho cargo Hilda Braun, y ésta es mucho más decidida que yo. Rece por Vic Tramp, comandante, y añada alguna oración para usted mismo.

El golpe que alcanzó de lleno en el rostro de Vic Tramp, lo impulsó hacia atrás, medio aturdido.

Hacia él, saltando del coche, abalanzóse el llamado Heinrich

empuñando una llave inglesa, mientras, más pesadamente, Kurt bajaba para ayudar a su compañero.

La llave inglesa se levantó destinada a chocar contra el cráneo del joven, que entonces pudo poner en práctica todos sus conocimientos de lucha libre.

La excitación de la droga, su furor contenido, la apremiante necesidad de llegar al faro de Glentis, le hicieron convertirse en un endemoniado torbellino.

Sus piernas se elevaron, haciendo presa en el cuello y brazo armado de Heinrich, al que volteó, proyectándolo contra el suelo.

En la caída, quedó Heinrich de costado, mientras ya en pie, Vic Tramp saltaba, y sus dos tacones golpeaban reciamente en el cuello del que abrió la mano, soltando la llave inglesa.

Kurt recibió un doble puntapié en el estómago. Se inclinó, y dos puños entrelazados chocaron contra su nuca.

Heinrich, entre tanto, medio inconsciente, se arrastró hasta empuñar de nuevo la llave. Pero el pisotón en la muñeca le hizo gemir…

La lucha se desarrollaba bajo el halo lateral de los focos. Heinrich, alzado en vilo, creyó en el torpor de su desvanecimiento, que estaba sentado en el aire sobre una hélice.

Asido por el cuello y la entrepierna, iba girando alrededor del pivote que era Vic Tramp que, en torbellino clásico, lo despidió, lanzándolo contra el suelo a distancia.

Mientras, arrodillado, Kurt buscaba su pistola. Se incorporó del todo, abriendo los brazos, al ser machacada su barbilla por un puntapié. Y luego empezó a dar vueltas, cogido de una muñeca y un tobillo. Al irse elevando, y de pronto desasido, partió, estrellándose contra el coche inútil, sin gasolina; atravesó los cristales, abriéndose la cabeza contra la segunda ventanilla. Vic Tramp, respirando entrecortadamente, sangrándole las heridas abiertas de nuevo por el violento ejercicio, se apoyó en el coche recién llegado, cuyo motor seguía roncando.

Recuperó la normalidad, y arrastrando al desnucado Heinrich, lo colocó junto a Kurt en el asiento posterior del coche de Hilda Braun, donde ambos formaron un amasijo voluminoso.

Por sus preguntas, al pedir gasolina, comprendió ahora Vic Tramp que de un modo u otro estaban relacionados con Los Cuatro

Ases o Karl Nieyer.

Se inclinó, y soltando el freno, movió el volante, subido en el guardapiés. Así condujo el automóvil, a través del páramo, hasta el extremo de un sendero lateral hacia una cortadura.

Saltó a tiempo, mientras el coche con sus dos ocupantes, se despeñaba dando tumbos ruidosos.

Regresó a la carretera, y sentóse ante el volante.

Sentíase excitado. Iba perdiendo sangre que empapaba sus vendajes, pero a la vez un vigor artificial animaba su robusta constitución entrenada.

Pisó el acelerador con impulso alegre, pero de alegría puramente física. Llegaría a tiempo al faro de Glentis.

Cuando su reloj marcaba las once menos siete minutos, abandonó el coche, para dirigirse a pie al embarcadero del faro.

Envolvió el rifle de doble cañón en trozos de goma neumática, atándola a su cintura.

Y penetró en el agua fría, cuyo helor le galvanizó, mientras nadaba lenta y vigorosamente entre la bruma hacia la torre de la isleta, sumergiéndose cuando el haz de luz del faro barría las aguas, iluminando los jirones de bruma.

Cuando, chorreante, salió del agua, avanzó trepando para alcanzar la base de la torre. Súbitamente, una sensación angustiosa se apoderó de sus pulmones, contrayendo su garganta.

Fuesen las heridas o el violento ejercicio en el agua helada, lo cierto es que percibió que iba a desvanecerse. Con un último esfuerzo, impuso la voluntad del su cerebro a sus músculos que se agarrotaban. No podía caer en el sendero que conducía a la puerta de acceso al faro.

Logró arrastrarse hasta dejarse caer, desmayado, al otro lado de la base del edificio circular. No supo el tiempo que permaneció exhausto, hasta que la droga energética volvió a operar, dando movimiento a sus párpados, y disipando el desvanecimiento.

Contorneando la rocosa base de la torre, llegó hasta la puerta entreabierta. Se detuvo alarmado, al divisar en el suelo un cuerpo extendido.

Inclinándose, reconoció a Rudolf Wolberg, muerto. Aquel encuentro macabro escapaba a su comprensión.

Se descalzó, y colgó de su cintura el corto rifle, penetrando en la

estancia circular donde iniciaba sus espirales la escalera de caracol.

Sólo un agente inglés podía haber dado muerte a Rudolf Wolberg.

Oyó unas cautelosas pisadas, descender por la escalera.

Cuando Karl Nieyer dirigió en redondo el cañón de su pistola, ya Vic Tramp estaba agazapado tras la desmontada banqueta del telesilla.

Karl Nieyer cerró la puerta. Desde lo alto, llegó una voz femenina:

—¿Era Wolberg?

El alemán replicó:

—No. Nadie. Fueron aprensiones como dijo usted, Cora.

¿Cora? Pensó Vic Tramp, que no podía disparar porque muy posiblemente, en lo alto, Cora Robin daría la señal de alarma, y fracasaría la totalidad del plan en el que, gracias a lo que sabía, iba a caer en la red una flotilla de submarinos.

Una idea que parecía temeraria le asaltó. Se deslizó sobre los pies sólo calzados de calcetines, hasta el primer rellano de la escalera.

Y el propio rígido de las pisadas de Karl Nieyer, amortiguó y silenció las suyas, pues procuraba acomodar sus pasos a los del alemán. Distaba de Karl Nieyer seis peldaños; los que componían una media vuelta de la escalera.

Karl Nieyer desembocó en la torreta alta:

—Comunicaré con el comandante de la flotilla, Cora. Mientras, procure convencer a este sujeto de que debe hablar, decirnos quiénes son sus cómplices…

Al pasar junto a Arnold Stevens, Karl Nieyer le propinó un puntapié en las costillas:

—Vas a hablar, o de lo contrario te enseñaré un método que he rumiado mientras subía las escaleras. Te meteré en el globo del faro. Cada golpe de luz te quemará los ojos, y cada intervalo de sombras te calmará. ¿No querrás perder la vista, verdad?

La entrada de Vic Tramp fue digna de su temple impetuoso. Como un bailarín ruso, lanzóse en salto alado, con dos objetivos.

Su pie derecho asestó un golpe certero en la mano de Cora Robin, que sostenía la pistola frente al rostro de Arnold Stevens, y cayó sobre la espalda de Karl Nieyer, retorciéndole el cuello hacia

atrás, hincándole una rodilla en los riñones… Atrajo la cabeza hacia su pecho, y los dos cañones chocaron contra la sien del alemán.

Se volvió a la vez, y vio a Cora Robin corriendo hacia la pistola que había saltado de su mano, mientras, en el suelo, Arnold Stevens dando vueltas sobre sí mismo, intentaba ponerse en pie.

Cora Robin empuñó la pistola… y Vic Tramp disparó, apuntando a la muñeca de la mujer. La bala sonó con seco chasquido contra el brazo femenino, y el estampido de la detonación invadió el recinto.

Karl Nieyer se asía a la mesita de la radio, intentando ponerse en pie. Pero ya Arnold Stevens, junto a él, pegó de lado con sus dos puños atados, derribando al alemán.

Cora Robin yacía boca arriba. Vic Tramp corrió hacia su padre adoptivo. Y Arnold Stevens, sonriente, silbó la melodía contraseña, mientras Vic Tramp le quitaba la correa.

—Asegúrate que no se muevan, Vic. Mientras, daré la señal convenida y que están esperando.

—¿Conoces la señal?

—Aquí está —y mostró Stevens la carpeta de Erik Rintelen—. La obtuve junto con el uniforme.

Sentóse, empezando a manipular en la radio, teniendo al lado el papel donde estaba la clave y señales acústicas.

Vic Tramp se acercó a Karl Nieyer, cuyos brazos colocó tras la espalda, atándole las manos hacia arriba. Luego, le ató los pies alrededor de la pilastra de la escalera.

Dirigióse hacia Cora Robin. Sobresaltóse, viendo en la frente de la hermosa actriz, un hililllo de sangre.

No había disparado más que una vez, y apuntando a la muñeca armada. Comprendió que la bala, al chocar, había rebotado, incrustándose en la frente.

Cora Robin estaba muerta… Sintió Vic Tramp una arcada en el estómago. Murmuró:

—La he matado.

—No pienses más en ello, Vic. Miles de vidas se perdieron por los manejos de Cora Robin.

—Iba a disparar contra ti… La he matado.

Le sacudió Stevens por los hombros.

—Olvídalo, Vic. He dado ya la señal al comandante de la flotilla. Ahora comunicaré con *Sir* Jasper, para que envíe dos agentes al

faro. Y otros al Castillo de los Ahorcados. La redada será magnífica, y has salvado de la muerte a muchos seres inocentes.

—Yo no. Tú has sido quien… ¿Cómo lograste este uniforme y los documentos?

—Te lo contaré por el camino.

—¿A dónde vamos?

—Hay cuatro asesinos vigilando a los MacDougal. A por ellos, hijo, y sin contemplaciones. Quedan sólo dos Ases. Barney Lacy está en la casa de MacDougal. Sigue creyendo que yo soy Erik Rintelen, el capitán del submarino que está a flote en la bahía, al pie del castillo. ¿Cómo escapaste de Hilda Braun?

La dejé en la clínica de Rossan. Te lo contaré también por el camino.

—Creo que al amanecer tendré también que llevarte a la clínica, hijo. Estas vendas…

Descendieron por la escalera, después de que Stevens lograra comunicar en clave con una receptora particular de la «Special Branch».

Vic Tramp comprobó de nuevo que no era posible que Karl Nieyer pudiera moverse. Le pareció brutal, pero necesario, el culatazo con que Arnold Stevens se despidió del alemán.

Cerraron la puerta del faro, cuyo giro luminoso seguía tratando de vencer la bruma.

Barney Lacy salió al encuentro del que creía ser Erik Rintelen.

—¿Todo en orden, mi capitán?

—¡«Ya»! Y muy a mi gusto. Le voy a pagar sus buenos servicios.

—He pensado que sería preferible eliminar a la familia MacDougal. Más vale no dejar testigos, si en el futuro debo seguir trabajando para la mayor gloria del Tercer Reich.

—Eso es, Barney Lacy. No hay que dejar testigos. ¿Esos tres hombres, son seguros?

—Respondo de ellos como de mí mismo, mi capitán.

Arnold Stevens silbó los primeros compases de «Concierto en Varsovia»… Barney Lacy palideció, llevándose rápidamente la diestra al bolsillo.

Los primeros disparos partieron del salón donde estaban atados los tres MacDougal y dos criados.

Vic Tramp disparaba avanzando… Barney Lacy se quedó con la

mano metida en el bolsillo, disparando al suelo, agarrotados los músculos. Angus MacDougal no sintió el menor pesar al ver desmayarse a su esposa y a su hija, porque terminaba la pesadilla.

Escuchó ávidamente las explicaciones del que creía era un capitán alemán submarinista. Explicaciones que olían a pólvora, pues aun no se había disipado la humareda en el vestíbulo…

El contramaestre Wilhelm Meinzer lanzó la orden de «¡Firmes!» cuando la lancha llevando a Arnold Stevens apareció, con el remero vuelto de espaldas.

—¡Equipo de ocho para atender el oleoducto! —gritó Stevens—. ¡A tierra!

En dos esquifes neumáticos penetraron los ocho hombres que ya tenía designados para este menester Wilhelm Meinzer.

—¡Seguid al «Oberlieutnant»! ¡Os llevará al depósito! —ordenó Arnold Stevens, calada la gorra, enfundado cuello y boca en la bufanda, y con las gafas puestas.

Subió a la cubierta del submarino, mientras Vic Tramp, dirigiéndose, hacia, la gruta, era seguido por los dos esquifes con cuatro alemanes en cada uno, que remaban con las paletas.

—¡Seis más preparados para tender el cable de suministro! —clamó Stevens—. ¡A bordo el timonel tan solo, contramaestre!

Se introdujo Stevens por la escotilla. Una sensación de omnipotencia triunfal le invadía mientras se acercaba al compartimiento seis.

Entró, cerrando tras sí la puerta. Los ojos de Erik Rintelen le miraron furiosos…

Saludó Stevens, sin burla, rígidamente, empleando el saludo militar británico.

—Lo siento, capitán Rintelen. Es… la guerra.

—¿Cuándo nos saca de esta ratonera, comandante? —quiso saber la rubia Sheila, que había sostenido un largo duelo de codazos y golpes de hombro con el frenético prisionero humillado.

—Al amanecer. Cuando este submarino reciba una tripulación nueva de dieciocho marinos británicos. Hasta pronto, amigos. Ya no hay peligro.

Los ocho primeros tripulantes que seguían a Vic Tramp penetraron en un recinto ancho y abovedado, después de la caminata pasadizo arriba.

Vic Tramp en perfecto alemán, y procurando dar frialdad imperativa a sus palabras, manifestó:

—¡Orden del capitán Rintelen! Permanencia aquí hasta la inmediata llegada de los demás tripulantes.

La poterna final estaba cerrada por fuera con vigas de hierro. Un cuarto de hora después, quince marineros se sentaron en el suelo, esperando…

No les extrañaba el estar encerrados en aquel recinto de bóvedas medievales, sin ventanas, y cuyas dos puertas estaban perradas herméticamente.

Se respiraba mal, pero estaban acostumbrados a ello. Era orden del capitán Rintelen, y a ellos no les incumbía nunca el pensar, sino el obedecer.

Vic Tramp subió a cubierta del submarino.

—¡Cumplida la orden, mi comandante!

—Vaya junto al timonel, «Oberlieutnant» —dijo Stevens.

Wilhelm Meinzer se acercó, atendiendo al ademán de Stevens.

—¡A la orden, capitán!

—¿Qué armas lleva, contramaestre?

—Las reglamentarias, capitán. Pistola «Luger», calibre «9».

—¡Tírela al agua!

Wilhelm Meinzer pestañeó, boquiabierto. Pero el hábito de la disciplina arraigada le hizo lanzar al agua la pistola.

Alzó por reflejo natural las manos, cuando, encañonándole, Arnold Stevens le dijo:

—Lo siento, contramaestre Meinzer. Es la guerra.

—¡No he faltado en nada al reglamento, capitán Rintelen! ¡Respetuosamente participo a su superior mando, que debe tratarse de un error!

Surgió Vic Tramp, anunciando:

—¡El timonel en los hierros, mi comandante!

—Llévese el contramaestre a hacerle compañía. Dispare si se resiste.

Wilhelm Meinzer quedó aherrojado junto al timonel, atónito, y convencido al propio tiempo de que algún intrigante de la Gestapo debía haberle hecho una denuncia en falso.

Sólo cercano al amanecer empezó a sentir dudas, cuando el submarino fue invadido por marinos británicos.

—¿Más té, mi joven amigo?

—No, gracias, señor.

Sir Jasper juntó las yemas de los dedos, manifestando:

—Nadie, comandante Stevens, podría creer que usted, a solas, se apoderó de un submarino alemán, ni de que su joven amigo empleara la droga que le era destinada para obtener de él manifestaciones verídicas. Cuando la guerra termine, yo mismo narraré esta aventura increíble… y tendré que dar mi palabra de honor para que me concedan crédito. El triunfo ha sido completo. La flotilla, exterminada cuando se disponía a abastecerse. Prisionero Karl Nieyer, que nos ha hecho confesiones muy importantes. Más valor tuvo Hilda Braun. Fue imposible obtener de ella ninguna confesión. Y debo reconocer que subió al patíbulo de la Torre de Londres con gran entereza.

Se interrumpió *Sir* Jasper para decir solícitamente:

—No está usted enteramente restablecido, mi joven amigo. Sus heridas no deben estar cerradas del todo. Pero puede sentirse orgullosísimo. Los Cuatro Ases han muerto, y Hilda Braun…

—¿Un poco más de té, señor? —interrumpió Stevens, tendiendo su taza.

—¡Ah, ah! Veo que le gusta mi té particular, comandante. Por cierto, se me olvidaba. Hay una señorita muy interesada en obtener una cita con usted. Se llama Sheila Monray…

—Es simpática, pero charlatana.

—Ha jurado como los demás, y cumplirán, que no dirán quién es el comandante Stevens hasta que la guerra termine. Bien, bien… Ahora veamos, veamos, mi joven amigo. Me ha sorprendido su petición, máxime cuando, y no por halagarle, afirmo que no tengo mejor compañero que usted en la profesión.

—Mi petición de ser piloto de la
«R. A. F.
», señor, obedece a que carezco de valor para seguir siendo cazador de espías.

—No es humorismo, señor —intervino Stevens—. El valor al que alude nuestro joven compañero, se defiere a… un incidente doloroso.

Levantóse Vic Tramp, solicitando permiso para retirarse.

Extrañado, *Sir* Jasper le estrechó la mano, y el joven anunció

que esperaría en la antesala.

—¿Qué le sucede, comandante?

—Se enamoró por primera vez, señor.

—¡Caramba! Esto nos ha sucedido a todos… Yo me enamoré una docena de veces. ¿Qué tiene esto que ver con la
«R. A. F.
»?

—La mujer que él quería, era Hilda Braun.

Sir Jasper tomó la pluma, y garrapateó su firma en consentimiento de petición. Comentó:

—Esto pasará, y espero que usted sabrá convencerle para que reingrese en nuestras filas.

—Así lo espero, señor.

En la calle, la bruma tenía otra tonalidad que la lúgubre de las costas irlandesas.

—Estoy pensando en muchas personas que ahora están en sus hogares, Vic. En los MacDougal, en los que se han salvado de ser torpedeados, en los muchos hombres que necesita *Sir* Jasper… No me contestes ahora. ¡Iremos a la
«R. A. F.
»! Sí, yo también. No volveré. Me han nombrado jefe del servicio de información de un campamento en Malta. Escucha, hijo. Hasta hoy no se ha encontrado mejor remedio contra los pensamientos tristes, que la acción. Y juntos, lucharemos para olvidar malos recuerdos.

Dos meses después, Vic Tramp caía entre llamas, en acción de bombardeo sobre una fábrica de explosivos alemanes. Herido de muerte, sus últimas palabras fueron la palabra «padre», pensando en el comandante Arnold Stevens, y el nombre «Helen».

El comandante Arnold Stevens es hoy un miembro más, silencioso y místico, de una Cartuja escondida en la floresta de una isla del Mediterráneo.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.